Alfredo L. Palacios y la Constitución

por el Académico SEGUNDO V. LINARES QUINTANA

"La Constitución ha servido de guía, ha sido el ideal permanente de los hombres que luchamos por la libertad y la hemos invocado en el Parlamento, en la cátedra, en la tribuna popular, sosteniendo que mientras haya una Constitución como la nuestra, habrá una luz que señalará el camino... La he vivido medio siglo, la he invocado en el Congreso para las más grandes audacias del pensamiento, cuando todos los miembros del Parlamento eran mis adversarios; y jamás fue un obstáculo para la sanción de las leyes que yo inicié, desde la de descanso dominical hasta las últimas de 1943" (Alfredo L. Palacios, Diario de Sesiones de la Convención Nacional Constituyente: 1957, t. 1, ps. 316 y 322).

I

POLITICA Y ETICA

Cuando se escriba la historia de la República Argentina de la primera mitad del siglo, con la serena perspectiva que sólo puede dar el transcurso del tiempo, la figura gallarda y señera de Alfredo L. Palacios se destacará, con relieves netos, como la de unos de sus hombres públicos de mayor y más límpida relevancia. Por eso, al cumplirse el centenario de su nacimiento, sus conciudadanos cumplimos un elemental deber moral, rindiéndole este homenaje y señalando sus excepcionales méritos como paradigma para las sucesivas generaciones de argentinos. Por otra parte, nunca como hoy es tan necesario recordar la vida y el pensamiento de nuestros grandes hombres. Ya lo dijo Carlyle, refiriéndose a los escritos de Oliverio Cromwell, cuya memoria, que parecía maldita, pretendió vindicar, "las palabras de aquellos que fueron

---

(*) Conferencia pronunciada el 11 de agosto de 1978 en el acto de homenaje al Académico Dr. Alfredo L. Palacios, en el centenario de su nacimiento, realizado en el Salón de Actos del Museo Social Argentino, organizado por la Comisión Nacional de Homenaje a Alfredo L. Palacios.

hombres en su época, son grandes, siempre fructíferas, útiles, como reproche y como estímulo; y constructivas, para las obras y los propósitos viriles" (1).

Protagonista de primera fila en la gesta sin pausa y sin término por la Libertad, el Derecho y la Justicia, Palacios jamás traicionó sus hondas y firmes convicciones, dando ejemplo constante de consecuencia con sus ideales y la ética ciudadana. "Nunca pude distinguir entre lo político y lo moral —proclamaba con legítimo orgullo— y siempre he creído que la política debe ser una disciplina moral". En 1933, en su brillante defensa judicial del ex-Presidente Alvear, dijo: "sólo puede salvarnos el acatamiento a las fuerzas morales, el proseguir la línea dinamizante de nuestra libérrima tradición argentina, universalista y solidaria. Y para ello, la primera condición es el respeto a la ley y su cumplimiento igualitario: la efectividad de los principios básicos de nuestra Constitución" (2).

Caballeresco adversario en la lid cívica o parlamentaria, Palacios se ganó siempre el respeto, cuando no la admiración y el sincero aprecio, de sus contendores políticos. Sabía reconocer lealmente los méritos ajenos y nunca escatimó el elogio justiciero a quienes debieron enfrentarlo en la lucha institucional. Refiriéndose a Carlos Pellegrini, dijo alguna vez: "cuando Pellegrini ocupaba su banca, la Cámara ya tenía quorum".

Fiscal sin pausa del cumplimiento de la ley y de la honestidad en la función pública, fue Palacios el más celoso e incorruptible custodio de la Constitución y de los derechos humanos, en misión rediviva del casi legendario Justicia de Aragón; caballero andante de todas las causas justas, de los débiles y los oprimidos, de las mujeres y los niños. El mismo confesaba: "nunca pude arrancar de mi alma el prejuicio caballeresco, porque me viene de la raza".

Mas su caballerosidad y su romanticismo nunca empaldecieron sus inigualables aptitudes para la contienda ciudadana. "La Boca ya tiene dientes", no pudo menos que exclamar Florencio Sánchez, cuando Palacios resultó electo diputado nacional por la popular y característica barriada porteña, durante la vigencia del sistema electoral de las circunscripciones y el voto uninominal. Y al ocupar la banca tan legítimamente ganada, el joven y solitario diputado pudo exclamar con orgullo y valentía: "¡traigo a esta Cámara la voz del pueblo!".

Genuina expresión del espíritu del inmortal hidalgo de la Mancha, la personalidad ejemplar de Palacios encarnó la más pura esencia de la argentinidad. Vestido de negro

---

(1) TOMAS CARLYLE, *Oliverio Cromwell*, Bs. As., 1946, p. 130.

desde el día de la muerte de su madre, calada su erguida cabeza con mosqueteríl sombrero de alas tan amplias como sus ideas, y un criollo poncho de vicuña pendiendo de sus enhiestos hombros de luchador incansable, con su varonil y aguda mirada de águila con la que penetró en lo más hondo del espíritu nativo, su andar gallardo y elástico y su voz sonora y bien modulada de orador nato, resonando en la esquina porteña como en la plaza provinciana o en el rancho del arrabal cuando no en el recinto parlamentario o desde la cátedra universitaria, fue Palacios el defensor, sin tregua ni claudicaciones, romántico e insobornable, de la Libertad, el Derecho y la Justicia.

Me cupo el privilegio de ser muchas veces testigo de su diálogo, nunca interrumpido, con destacadas personalidades del país y del mundo, en un marco de amplísima tolerancia ideológica. Las severas paredes de su casa sirvieron de refugio hospitalario y desinteresado a no pocos exiliados de países hermanos, a quienes los avatares de la lucha por la libertad obligaron a abandonar la tierra nativa. Y los jóvenes encontraron siempre afectuosa y comprensiva acogida, en ese coloso de eterna primavera espiritual, en sus puras rebeldías volcadas en la palestra de los ideales puros y de las quimeras altas e inalcanzables como las estrellas.

Honrado desde mis ya lejanos días de estudiante con su amistad generosa y leal, no podré nunca dejar de recordarlo, como si no hubieran transcurrido los años, en su amplio y austero hogar y taller de la calle Charcas, rodeado de anaqueles familiares henchidos de volúmenes, con los que dialogaba a todas horas ese Maestro de Maestros. Lo veo allí, reclinada su recia figura de luchador indomable sobre su amplia y sencilla mesa de trabajo, colmada de libros y papeles, dedicado en jornadas sin término al estudio y la reflexión, escribiendo obras básicas, preparando clases magistrales cuando no fogosos discursos de barricada, o redactando leyes fundamentales como las que integraron el *Nuevo Derecho* de que fue autor, con trazo firme y seguro y con tinta azul y blanca, como dijera Mitre de Alberdi.

Demócrata sincero, declaraba en el Senado, en uno de sus memorables discursos: "amo profundamente a la democracia, que está en el alma de nuestro pueblo, y la quiero orgánica, para impedir la demagogia, que trae como consecuencia inevitable la dictaduras. Por eso, combato la falta de educación cívica y la indiferencia de los que creyéndose *spiritus superiores*, sienten repugnancia por los comicios, expresión, para ellos, de plebeyismo". La especie de los contemplativos era funesta, para Palacios. "Conozco a muchos jóvenes y viejos —decía— que repudian a los políticos y reclaman, como el elegante y talentoso filósofo español, disconforme con la clasificación que de los Estados hace el infante Don Juan

Manuel, un margen para los que llaman *espectadores*. Espectadores, *amigos* de mirar, como les dice Platón; especulativos que han elevado un reducto contra la política y que se avergonzarían de apasionarse en un mítin. Espectadores que no quieren ser escrutados, ni sometidos a la crítica implacable que sufren los políticos". Con harta razón sostenía Palacios que "ellos son en gran parte culpables de la corrupción. Cuando los espíritus selectos no se concreten a mirar, contemplativos, teorizadores; cuando bajen a la calzada por donde pasan las multitudes que viven en apasionada dinámica, serán útiles al país y aun cuando no crean que la libertad es un fin, reconocerán, por lo menos, que la libertad es un admirable instrumento para la vida. Lo grave es que la política quede en manos de los que no sirven para otra cosa, porque así se subalterniza la acción; se esgrime el agravio y el torpe denuesto; se ven agitar en las más altas tribunas manos sucias y rapaces y se consigue desorientar al pueblo, mientras triunfan los sicofantes. Los hombres no se mueven entonces por pasiones nobles y las clases cultas sienten asco a la realidad" (3).

A juicio de Palacios, las clases deben encontrar garantías en la democracia, que no es solamente un medio; que es la fuerza moderada en la contienda; un elemento esencial del ideal jurídico. La democracia, se ha dicho con razón, no es una rama del árbol del socialismo, sino una de sus raíces. Democracia y socialismo son por eso inseparables, afirmaba. Yo sé que en las filas de todos los extremistas, partidarios de la dictadura, se pronuncia la palabra democracia con ironía o con desdén, pero eso no me preocupa, pues las ideas fundamentales de la democracia, es decir, la igualdad de derecho para todos los humanos y el derecho de una colectividad a participar de la suerte común, se hallan más vivas que nunca en el corazón de los hombres, siendo el disgusto por los resultados obtenidos la prueba más evidente de una aspiración no completamente realizada... El cristianismo, la democracia y el socialismo, sostenía, no son aún en el aspecto histórico, más que tres formas de una misma idea" (4).

"No es una palabra hueca y sin sentido la palabra democracia —afirmaba Palacios—; encarna un anhelo fervoroso y permanente de todos los argentinos; la democracia nos viene desde antes de la emancipación; movía ya al criollo inquieto y rebelde de la colonia. La democracia es el alma

(2) ALFREDO L. PALACIOS, *Estadistas y poetas*, Bs. As., 1952, p. 109.

(3) ALFREDO L. PALACIOS, *La represión del fraude electoral*, Buenos Aires, 1936, p. 14.

(4) ALFREDO L. PALACIOS, *El delito de opinión y la tradición argentina*, cit., p. 122.

de la revolución emancipadora y justiciera que, como alguien dijo, no han podido destruir ni las tentativas reaccionarias, ni las montoneras, ni las dictaduras locales, ni el asalto de los gobiernos de hecho. Está en el *Dogma Socialista de Mayo*, en el libro admirable del romántico Echeverría. El *Dogma* es la expresión orgánica de la democracia espiritual, de la idea inicial de 1810, irrevocablemente confirmada en 1816, y que a través de las convulsiones de 1852 y 1860, había de reanudar la evolución institucional intermitente, hasta su consagración definitiva en la Constitución" (5).

En el Senado de la Nación, Palacios expresó con singular énfasis: "desgraciados los pueblos que sacrifican la moral a la política, política cautelosa o violenta, que emplea, según convenga, la fuerza o el fraude. Montesquieu ha dicho que sin virtud los pueblos no pueden ser gobernados más que por el temor y caen, en consecuencia, en el despotismo. El puesto natural de la virtud, dice, está al lado de la libertad". Y agregaba que "si la política no tiene un fundamento moral será siempre despreciada: agitación inútil, sin principio ni fin, contienda mezquina de ambiciones incontenidas y de intrigas inacabables, de lo que no puede salir sino la simulación, la mentira, el escepticismo; nunca una fe que ilumine e impulse a los pueblos" (6).

"Habría que moralizar los partidos —sostenía Palacios—, pues todavía hay agrupaciones que creen que la política consiste en organizar ambiciones a fin de avasallar el poder, y para quienes la verdad, la libertad y la justicia son simples abstracciones sutiles, formaciones místicas; que creen que es absurdo hablar de moralizar la política, porque los valores morales, para ellos, están en el mismo plano de los valores materiales. Viven, señor presidente, en un mundo abisal, y aseveran que sólo el político que encarne y represente ese mundo puede guiar los acontecimientos. ¡Desgraciados de nosotros si esos hombres que colocan a un mismo nivel los valores materiales y los valores morales, guiaran los acontecimientos! ¡Desgraciados de los convencionales si se pretendiera manejarlos con maniobras que se realizan fuera de este recinto! Los que sostenemos que toda ciencia política está implícita en la idea de libertad, repudiamos a los malos políticos y a los que sostienen el privilegio, pretendiendo torcer el curso de nuestra historia" (7).

(5) ALFREDO L. PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, cit., p. 172.

(6) ALFREDO L. PALACIOS, *La represión del fraude electoral*, cit., p. 12.

(7) ALFREDO L. PALACIOS, *El pensamiento socialista en la Convención Nacional de 1957*, cit., p. 205.

Palacios coincidía con su maestro Echeverría, en que “la democracia no es una forma de gobierno, sino la esencia misma de todos los gobiernos republicanos, o instituidos por todos para el bien de la comunidad o de la asociación: la democracia es el régimen de la libertad, fundado sobre la igualdad de clases”. “La igualdad y la libertad —proclamaba el autor de *El Nuevo Derecho*— son los cimientos de la democracia, que no es sólo una forma de gobierno, sino un sistema de vida, una continuidad de la conducta clara y un juego limpio en la acción. Y esa es la Doctrina de Mayo, afirmada en la idea de la dignidad, específicamente moral y equivalente en todos los hombres. La afirmación de la libertad como problema de filosofía del derecho, no basta. Los pueblos y los hombres levantan pendón de combate contra los déspotas y proclaman la idea abstracta de libertad como expresión de un sentimiento humano, individual y colectivo; pero, además, descienden a la realidad dolorosa del hombre de carne y hueso y examinan las libertades que exigen para su ejercicio instrumentos legales que las aseguren. Así surge la institucionalización del concepto de libertad, que garantiza el desarrollo de las facultades del hombre” (8).

La existencia de los partidos resulta de la misma esencia del gobierno democrático constitucional, que no podría funcionar sin aquellos. “La ausencia de partidos es el cretinismo de los pueblos”, sentenciaba José Manuel Estrada desde su cátedra famosa (9). La democracia supone la diversidad de opiniones respecto a la política que el Estado debería seguir. Ningún ciudadano tiene honradamente derecho a suponer que una política es mejor que otra simplemente porque es la que él propicia; todo lo que puede decir es que le parece mejor. Quien afirme que los partidos son innecesarios no hace, en realidad, sino creer que su propia opinión es la acertada, y su creencia es tan profunda que no se da cuenta siquiera de que sea una opinión partidista. “El verdadero demócrata —ha dicho el constitucionalista inglés Jennings— tiene en cuenta la posibilidad de que no siempre sea suya la razón, y por ello es tolerante con la opinión de los demás” (10).

Desde su banca de constituyente, en 1957, Palacios establecía que “los partidos políticos son órganos de la democracia. Cada partido desarrolla una línea de fuerza

---

(8) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 1205.

(9) JOSE MANUEL ESTRADA, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, p. 211.

(10) M. IVOR JENNINGS, *El régimen constitucional inglés*, México, 1943, p. 255.

y contribuye a integrar la tarea de elevación nacional. Representan un ideal. Lo reprobable en cualquier partido es el egoísmo, la falta de sinceridad y la falacia de los hombres que actúan. Hay que mejorarlos para que no se conviertan en simples organizaciones gremiales; hay que moralizarlos, para que asuman con dignidad la responsabilidad moral que requiere el ejercicio y el control del poder, y para que no veamos más en las tribunas políticas manos sucias y rapaces, manos de dirigentes corrompidos que reciben grandes sumas de dinero de las empresas concesionarias de servicios públicos y forman asociaciones ilícitas. Los partidos deben estar reconocidos por la Constitución, porque tienen por función en el Estado organizar y educar democráticamente a los ciudadanos. Actúan como agentes de ideas; disciplinan las fuerzas, orientan las corrientes de sentimientos e ideas que se agitan en la sociedad. Si se prescindiese de ellos no podría explicarse la historia de la Nación" (11).

Como demócrata por excelencia, Palacios sostenía y practicaba coincidentemente que "la tolerancia no es debilidad. La tolerancia se acerca mucho a la justicia, que es la virtud cardinal. Es necesario, entonces, que no nos erijamos en depositarios únicos de la verdad. Los partidos políticos, todos sin excepción, cuyos dirigentes se sientan en estas bancas, son órganos de la democracia; representan sentimientos, ideas, opiniones diversas, pero todos son para mí respetables cuando son sinceros" (12).

II

EL DISCIPULO DE MAYO

Palacios se consideraba —a justo y legítimo título, por cierto— discípulo de Moreno, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre y continuador de la línea doctrinaria de Mayo. En la Convención de 1957, dijo: "Hemos recogido el pensamiento de la Asociación de Mayo cuyo líder, con palabra profética, dijo que el movimiento socialista iniciado por él hallaría en el porvenir secundadores, porque ese movimiento representaba las aspiraciones argentinas. Y es exacto —decía—: para cumplir nuestro destino histórico de

---

(11) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 2, p. 1539.*

(12) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 312.*

ser síntesis de esperanzas humanas y de fraternidad argentina, queremos consolidar la democracia, que es nuestra única tradición. Nada ni nadie impedirá la realización de ese destino. Quien lo secunde y afiance será un buen argentino; quien pretenda oponerse a él, será arrastrado por la corriente, que retomará su curso a despecho de todos los obstáculos" (13).

"La Nación Argentina —afirmó Palacios, en la misma ocasión— fue organizada bajo la inspiración directa del *Dogma Socialista*. Echeverría puso en el alma de sus discípulos, futuros organizadores del país, el sentimiento romántico que perdura en Alberdi, Sarmiento y Mitre y que aparece con nitidez en el Preámbulo de la Constitución, única en el mundo porque cuando se sancionó ningún país había otorgado los derechos del ciudadano, sin las obligaciones con dignas, a todos los hombres que habiten este suelo, ni había abierto los ríos al comercio de todas las banderas, sin limitaciones que todavía mantienen las legislaciones europeas. Los inspiradores de nuestra Ley Suprema fueron los miembros de la Asociación de Mayo, independientemente de la influencia de las constituciones federales norteamericana y suiza, influencia que no fue predominante, como equivocadamente creyó Sarmiento, quien olvidó con frecuencia los antecedentes históricos, guiándose sólo, para la interpretación de nuestra Carta Fundamental, por la jurisprudencia de los Estados Unidos, lo que no es admisible. Fueron, sin duda, sus inspiradores, los miembros de la Asociación de Mayo. Primero Echeverría, a quien durante muchos años se ha considerado simplemente como «el poeta romántico», sin advertir que en su *Dogma Socialista* estaba el germen de todas las instituciones futuras, y que con un espíritu realista y con ánimo cristiano realizaba una obra extraordinaria que hoy permite la admiración de todos los argentinos. Quiero hacer notar que Jaurés, el gran revolucionario francés, cuando vino a Buenos Aires, leyó las obras de Alberdi y dijo en una de sus conferencias que algunos capítulos de las *Bases* podrían estar al lado de las obras más famosas, entre ellas las de Montesquieu. Después de Echeverría y Alberdi, Juan María Gutiérrez —interprete auténtico de la Asociación, que reprodujo el pensamiento de su maestro y realizó su tarea en compañía de Gorostiaga, noble figura de nuestra historia— redactó el capítulo de la Constitución relativo a las declaraciones y garantías, así como la parte general que contiene ideas primordiales elaboradas por la generación de 1837" (14).

(13) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 2, p. 1625.*

(14) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 322.*

Palacios había desarrollado con amplitud estos conceptos, con anterioridad, en 1944, en su fundamental libro *Alberdi: Constructor en el desierto*. "Se ha negado —escribía entonces— la influencia de Alberdi en la Asamblea Constituyente, afirmándose por Paul Groussac y Ernesto Quesada que el autor de las *Bases* plagió a Rossi. En esto, hay mezquindad irritante. Los inspiradores de la Constitución, independientemente de la influencia de las constituciones federales norteamericana y suiza, sobre todo de la primera, que en buena parte adoptó la nuestra, fueron los autores del *Dogma Socialista*, especialmente Estevan Echeverría, el precursor que no pudo ver su obra terminada y murió en la miseria, lejos de su patria. Quizá Echeverría, antes de apagarse su espíritu, enfermo y dolorido, vislumbró abatida la sangrienta tiranía y organizada la patria. Pueril sería negar que los hombres de la Asociación de Mayo pusieron su sello a la Constitución. Primero fue Echeverría con su *Dogma*. Luego, Alberdi, el arquitecto, con las *Bases*, notable contribución de filosofía política que según expresó el miembro informante al historiador Pelliza, «fijó la corriente de las ideas» en la Asamblea Constituyente (*Historia de la Organización Nacional*, p. 84). Después, Juan María Gutiérrez, intérprete auténtico de la Asociación de Mayo, que llevó al Congreso el pensamiento de su maestro y de su amigo, es decir, el «pensamiento argentino» aludido en el informe de la Comisión, generoso pensamiento que permitió la amplitud y la originalidad de nuestra Carta Fundamental, especialmente en el capítulo relativo a las declaraciones, derechos y garantías, redactado, así como la parte general, por un miembro de la Asociación de Mayo. Yo he demostrado, al estudiar en otra oportunidad la primera palabra simbólica del *Dogma*, cómo ahí está ya expresado el pensamiento relativo a los derechos del hombre que consagra nuestra Constitución". Agregaba Palacios que "la obra de Alberdi no se puede comprender si se prescinde de la unidad de su carácter, que en realidad estaba respaldado por la concepción de Echeverría. Así casi todas sus ideas resultan instrumentales para ser aplicadas como método, no como finalidad en sí. Y cuando Alberdi no expone métodos, procedimientos de acción aplicados a la construcción de una nacionalidad que para él es siempre la nuestra, está elaborando ciencia en el sentido del pensamiento, y, generalmente sociológico" (15).

En su dinámico y valiente accionar, Palacios fue siempre fiel a las ideas que sostuvo en la banca parlamentaria, la tribuna política, la cátedra o el libro, y muchas veces, por lealtad a sus convicciones, no vaciló en sacrificar posiciones

---

(15) ALFREDO L. PALACIOS, *Alberdi: constructor en el desierto*, cit., ps. 81 y 86.

obtenidas legítimamente por propios e indiscutidos méritos cívicos y académicos. Son perfectamente aplicables a Palacios las inspiradas palabras que él mismo pronunció, refiriéndose a Aristóbulo del Valle: "no había en él separación ni contradicción alguna entre el pensamiento y la palabra, ni entre ésta y la conducta. Su norma fue el equilibrio permanente dentro de la libertad y la justicia que es orden y proporción. Y la mantuvo en la vorágine de las fuerzas y en medio del torbellino de intereses y pasiones... El equilibrio consiste en tener una norma inquebrantable, una responsabilidad viril y una austeridad severa y sólida. No podrá mantenerse en equilibrio quien no tiene un rumbo cierto y un inflexible concepto del deber. Porque el equilibrio de que hablo, no proviene de la igualación de fuerzas exteriores sino de su polarización desde el foco interior de la conciencia, objetivado en el eje de la voluntad. En realidad, el equilibrio no se mantiene, se instaura, lo cual supone un acto de arrojo, y una suma de riesgo que se afronta en virtud de una fe íntima, ya que todo equilibrio es una síntesis de contrarios y produce una superación" (16).

Fue norma directriz de la vida de Palacios el apotegma de Marco Aurelio: "¿Por qué razón van a extinguirse tus principios, si las ideas que corresponden a ellos y que debes sostener continuamente, no se extinguen?" (17).

La amplitud de ideas y el respeto por las opiniones ajenas era proverbial en Palacios. "Yo recojo —declaró— y en eso imito a los grandes argentinos la verdad donde la encuentre. No admito que se me clasifique en sistemas, pues de todas las teorías saco lo necesario para contribuir al adelanto de nuestro pueblo" (17 bis). Desde su banca de Senador, declaró, en 1933, en uno de sus luminosos discursos: "yo no soy marxista: soy socialista y el socialismo no es un dogma, ni tiene apóstoles". Y en otra brillante intervención, en el mismo debate, reiteró: "el socialismo no es un dogma, ni tiene apóstoles: vive, crece, corrige sus métodos con una gran ductilidad para la acción y en todos los momentos mantiene la continuidad de su desarrollo, la unidad de su conciencia y la finalidad intrínseca que es su razón de ser, es decir, la redención de los oprimidos" (18).

En otro de los grandes debates parlamentarios en que intervino, afirmaba Palacios: "yo dije alguna vez, señor presidente, en este recinto, que no deseaba ser llamado

(16) ALFREDO L. PALACIOS, *Estadistas y poetas*, cit., p. 84.

(17) MARCO AURELIO, *Pensamientos*, libro VII, II, p. 113.

(17 bis) ALFREDO L. PALACIOS, *El pensamiento socialista en la Convención Nacional de 1957*, p. 132.

(18) ALFREDO L. PALACIOS, *El socialismo argentino y las reformas penales*, Buenos Aires, 1934, ps. 133 y 90.

izquierdista; que era socialista argentino, con un sentido constructivo claro y limpio de nacionalismo, y con un sentimiento profundo de idealismo militante. No quiero, pues, solidarizarme con nada que no esté dentro de esa doctrina que profeso con unción religiosa, y cuya difusión salvará a nuestro país, que no está en condiciones de optar entre dos extremismos que aquí jamás arraigarán. Ni directivas de Moscú, ni directivas de Roma o Berlín, sino una democracia que vaya ampliándose y ennobleciéndose con un contenido social y siguiendo la trayectoria que marcaran los argentinos de la *Asociación de Mayo*. He dicho muchas veces que para mí, el socialismo es principalmente una aspiración ideal hacia un orden jurídico más justo, que reemplazará al capitalismo, mediante condiciones económicas, pero sobre «la base de postulados éticos». Y ponía énfasis en repudiar «toda doctrina que hace del hombre un instrumento para determinados fines, al servicio de valores objetivos; mi concepto filosófico —proclamaba— es antagónico del transpersonalismo culturalista o político» (19).

“El socialismo —aclaraba—, que propugna una transformación en el organismo social para extender la libertad, ha de fundamentarse, no sólo en la sociedad, sino también en la vida interior del hombre. El socialismo aspira al noble y armónico desarrollo del individuo y su fin es la libertad, lo que significa proclamar el principio ético de Kant, de que cada hombre debe ser considerado como un fin en sí mismo”. Y agregaba que “si existiera el proceso implacable de las cosas; si la historia no tuviera sentido; si no hubiera continuidad como cree Spengler; si la antorcha no pasara de mano en mano desde el comienzo de los siglos, según la alegoría platónica, los hombres sólo seríamos sombras. Es el hombre, en cambio, el que hacen historia con su voluntad maravillosa; es el hombre el que convierte en realidad la quimera, que es un ideal inaccesible”.

Y para que no quedara duda alguna de su posición filosófica proclamaba insistentemente que “para el transpersonalismo centrado axiológicamente en la colectividad, el hombre es un instrumento con el que se llega a fines, que se consideran superiores. De ahí la eliminación de los disidentes... Yo aspiro a que dentro de la comunidad se desarrolle la vida del individuo como un valor, pues de otro modo la colectividad resulta absurda. Se me dirá que soy individualista. Y bueno. El antagonismo en este caso, ya lo ha hecho notar Recansens Siches, comentando a Hartmann y Scheler, el antagonismo es entre personalismo, en el sentido filosófico a que he aludido y transpersonalismo, y no

---

(19) ALFREDO L. PALACIOS, *El delito de opinión y la tradición argentina*, Buenos Aires, 1937, p. 68.

entre individualismo y socialismo, pues estos dos coinciden en un fondo personalista; coinciden en concebir el derecho y el Estado al servicio de los valores de la personalidad humana" (20).

III

INTERPRETACION Y DEFENSA DE LA CONSTITUCION

Evidenciando sus notables cualidades de jurista y hombre de Estado, Palacios realizó una acertada interpretación de la Constitución Nacional, que genéricamente atendió a la naturaleza misma de las constituciones, y en forma específica, a su contenido teleológico, dirigido al amparo y la garantía de la libertad, la justicia, la igualdad y la promoción del bienestar general de los habitantes. Esa interpretación, lógica, elástica y progresista, hizo posible que merced a su iniciativa y bajo su inspiración, obtuviera la sanción por el Congreso Nacional de todo un avanzado cuerpo de legislación social y del trabajo, constitutivo de lo que él llamara *El Nuevo Derecho*, sin que ninguna de tales leyes fuera declarada inconstitucional por la Corte Suprema de Justicia de la Nación en cumplimiento de su alta función institucional de guardiana y custodia de la Ley Suprema de la República. Pudo así decir, desde su banca de constituyente, en 1957, que "para nosotros, la Constitución no fue absolutamente un obstáculo. Pudimos realizar todo *El Nuevo Derecho* bajo la égida de la Constitución del 53 y bajo el amparo de los intérpretes de la Ley Suprema" (21). Y luego de referirse al fecundo plan de leyes sociales que propugnó en el Congreso, obteniendo su sanción, dijo: "Este plan de justicia social ha sido cumplido en su casi totalidad. No soy ajeno a él... En 1904 entra en el parlamento un diputado del Partido Socialista e inicia *El Nuevo Derecho* que hoy se consagra en la Constitución. Toda la legislación argentina se realiza bajo el amparo de la ley de las leyes" (22).

Palacios se ajustó a los más adecuados cánones de la hermenéutica constitucional, que imponen que en la interpretación de la Constitución debe siempre prevalecer el contenido teleológico de ésta, que si es instrumento de gobierno, también y principalmente es restricción de poderes

---

(20) ALFREDO L. PALACIOS, *El delito de opinión y la tradición argentina*, cit., p. 78.

(21) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 1266.

(22) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 1262.

en amparo de la libertad individual. La finalidad suprema y última de la norma constitucional es la protección y la garantía de la libertad y la dignidad del hombre. Por consecuencia, la interpretación de la Ley Fundamental debe orientarse siempre hacia esa meta suprema. Y en caso de aparente conflicto entre la libertad y el interés del gobierno, aquélla debe privar siempre sobre éste, porque no se concibe que la acción estatal manifestada a través de los cauces constitucionales pueda resultar incompatible con la libertad, que es el fin último del Estado. El contenido teleológico de la Constitución rige en todas las situaciones y la emergencia no crea poder. La Constitución debe ser interpretada con un criterio amplio, liberal y práctico, nunca estrecho, limitado y técnico, de manera que en la aplicación práctica de sus disposiciones se cumplan cabalmente los fines que la informan. Por lo demás, la Constitución, en cuanto instrumento de gobierno permanente, cuya flexibilidad y generalidad le permite adaptarse a todos los tiempos y circunstancias, ha de ser interpretada teniendo en cuenta, no solamente las condiciones y necesidades existentes al momento de su sanción, sino también las condiciones sociales, económicas y políticas que existen al tiempo de la interpretación de los grandes fines que informan a la Ley Suprema del país⁽²³⁾. Todo lo expuesto lo sintetizaba admirablemente Alberdi, diciendo que "cuando la Constitución es oscura e indecisa, se debe pedir el comentario a la libertad y al progreso, las dos deidades en que ha de tener inspiración. Es imposible errar cuando se va por un camino tan lleno de luz"⁽²⁴⁾. Esta fue la senda por la cual Palacios transitó siempre con seguridad y sin temor a equivocarse.

"Toda Constitución —decía Palacios— está formada por dos partes: primero, los derechos individuales, y después lo que se refiere a la organización y estructura de los poderes públicos. Es claro que los derechos individuales son el cimiento de la democracia. No habría posibilidad de que se desarrollaran armónicamente los poderes, no habría posibilidad de mantener normalmente un Estado, si no se hubieran afirmado con antelación los derechos individuales y sus garantías"⁽²⁵⁾. "Los fines primordiales de todo sistema institucional —expresó también— son la libertad y la igualdad. La libertad, porque es la garantía del desenvolvimiento

(23) SEGUNDO V. LINARES QUINTANA, *Tratado de la ciencia del derecho constitucional*, Buenos Aires, segunda edición, 1978, t. 3, p. 654.

(24) JUAN B. ALBERDI, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, *Obras selectas*, cit., t. 10, cap. XXXIV, p. 241.

(25) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 795.

de las facultades del hombre, la expansión de la vida. La igualdad, porque la libertad no puede subsistir sin ella... La igualdad y la libertad son los cimientos de la democracia, que no es sólo una forma de gobierno, sino un sistema de vida, una continuidad de la conducta clara y un juego limpio en la acción. Y esa es la Doctrina de Mayo, afirmada en la idea de la dignidad, específicamente moral y equivalente en todos los hombres. La afirmación de la libertad como problema de filosofía del derecho, no basta. Los pueblos y los hombres levantan pendón de combate contra los déspotas y proclaman la idea abstracta de libertad como expresión de un sentimiento humano, individual y colectivo; pero, además, descienden a la realidad dolorosa del hombre de carne y hueso y examinan las libertades que exigen para su ejercicio instrumentos legales que las aseguren. Así surge la institucionalización del concepto de libertad que garantiza el desarrollo de las facultades del hombre". Y agregó que "la Declaración de Derechos informa toda nuestra Constitución, que encierra el principio de la justicia social en sus más remotas aplicaciones posibles; los hombres nacen y viven libres e iguales en derechos" (26).

Para Palacios, en la idea de la libertad estaban implícitas las de igualdad y de justicia, a las que vinculaba tan estrechamente como para considerar que ninguna de ellas podía existir sin las otras. "La justicia social —afirmaba—, que lleva implícito el concepto del respeto a la persona humana, se invoca en los parlamentos por los legisladores de todas las ideologías; aparece como fundamento en las constituciones de todos los países cultos —con nitidez en el nuestro— y constituye un clamoroso anhelo de los oprimidos. En realidad, es simplemente justicia: *constante perpetua voluntas jus suum quique tribuendi*, de acuerdo con la clásica definición de Ulpiano. Tiene una significación amplia, pues regula las relaciones del hombre con la comunidad y comprende a todos sus integrantes, ya como función individual o de grupo, ya como función estatal. Se refiere a la totalidad de los bienes, no sólo a los materiales, sino primordialmente a los del espíritu" (27).

Palacios encontraba, con acierto, en la Constitución Argentina, un contenido teleológico de libertad, igualdad y justicia, perfectamente traducido en su Preámbulo y en su articulado. "Caído el tirano —decía—, Alberdi escribe *Las Bases*, de sentido pragmático, notable contribución de filosofía política que fijó la corriente de las ideas en la Asamblea

(26) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, ps. 1205 y 1207.

(27) ALFREDO L. PALACIOS, *La justicia social*, Buenos Aires, 1954, p. 9.

Constituyente... Gobernar es poblar, dijo, pero en el sentido de mejorar la raza, civilizar y afirmar la libertad del país. Debíamos constituirnos para tener población, caminos de hierro, para ver libremente navegados nuestros ríos, opulentos y ricos nuestros Estados y federalizada la ciudad de Buenos Aires. La nación se organizó bajo la inspiración directa del *Dogma Socialista de Mayo*. Esteban Echeverría infundió en sus discípulos, futuros fundadores de la patria nueva, un sentimiento revolucionario que aparece con nitidez en el Preámbulo de la Constitución de 1853. Los inspiradores de nuestra Ley Suprema, independientemente de la influencia de otras constituciones federales, fueron los hombres de la Asociación de Mayo: Echeverría, Alberdi y Juan María Gutiérrez. Ellos incorporaron a la Constitución, que garantiza la convivencia de todas las ideologías, la declaración de los derechos del hombre y el principio de la justicia social hasta sus últimas consecuencias. No olvidemos que uno de los objetos primordiales que se propusieron los representantes del pueblo de la Nación Argentina al reunirse en Congreso General Constituyente fue el de *afianzar la justicia*"⁽²⁸⁾.

"La soberanía del pueblo —proclamó asimismo Palacios desde su banca de constituyente, en 1957— es ilimitada en todo lo que pertenece a la sociedad, a la política, a la filosofía. Pero el pueblo no es soberano en la que toca a la persona humana, a la conciencia, a su vida, a su libertad. Echeverría —con quien coincide, un siglo después, Maritain— retoma a Mayo y sigue a Moreno, que funda su Constitución sobre *El Contrato Social*. Este concepto jusnaturalista reaparece en el dictamen de la Comisión Examinadora de la Constitución Federal, base de la reforma de 1860. Este dictamen lleva la firma de Bartolomé Mitre, Dalmacio Vélez Sársfield, José Mármol, Antonio Cruz Obligado y Domingo Faustino Sarmiento, quienes al apoyar la inserción del art. 33 enuncian derechos de validez superior a la Constituyente, anteriores y superiores a la Constitución, que nadie puede renunciar ni las leyes abrogar. Son los derechos de los hombres, que nacen de la propia naturaleza y que recuerdan el magnífico apóstrofe de Antígona, el personaje de Sófocles, cuando se encara con el tirano Cleón, que impide dar sepultura a su hermano. Toda ley que quebrantase esos derechos naturales destruiría los fundamentos de la sociedad, porque irían contra el principio fundamental de la soberanía, aún cuando para ello se invocase la inmolación de los derechos individuales —como en algunas democracias de la antigüedad— al interés de un gran bien público. Los derechos individuales siempre deben ser salvados en homenaje al fin principal de la sociedad"⁽²⁹⁾.

(28) ALFREDO L. PALACIOS, *La justicia social*, cit., p. 94.

(29) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente*, año 1957, cit., t. 2, p. 329.

En la Convención Nacional Constituyente de 1957, Palacios expresó también que “como en la declaración de los Derechos del hombre, el contenido de nuestra Carta Fundamental no está agotado. Sus autores vincularon los conceptos racionalistas e historicistas. Admitieron la idea y el hecho, lo que era y lo que debía ser. Por eso pierden el tiempo los comentaristas que pretenden encerrarla en teorías unilaterales o fragmentarias” (28b). Dijo también el destacado argentino que “los constituyentes del 53 dieron la forma jurídica de la organización nacional. Que el art. 14, como la Declaración de los Derechos del Hombre, no está agotado... La Constitución no responde a doctrinas o teorías unilaterales; es un gran marco donde caben todas las audacias del pensamiento; quiere sólo afianzar la justicia y promover el bienestar general. Por lo pronto, para limitar el ejercicio de los derechos patrimoniales a que se refería el señor convencional, evitando la voracidad de los poderosos, condicionándolos a la función social ya admitida por nosotros en la ley, no es menester reformar la Constitución... Después de la guerra todas las constituciones de Iberoamérica incorporaron cláusulas de derecho social, como antes lo había hecho México en la famosa Constitución de Querétaro de 1917. La nuestra no necesitó la incorporación de tales cláusulas. Toda ella es la expresión de la justicia social (29b).

A través de toda la actuación y el pensamiento de Palacios, fluye con nítida evidencia su admiración y respeto constantes por la Constitución Nacional, como instrumento jurídico básico de la organización democrática del país, dentro de cuya estructura amplia, humanitaria, generosa y elástica, creyó siempre que podía elaborarse y ejecutarse una progresista y avanzada política social, económica y del trabajo. Por eso fue que sin perder tiempo en preconizar reformas constitucionales utópicas e innecesarias, dedicóse con inteligencia y sentido práctico, a promover la sanción de todo un cuerpo de leyes sociales, cuyo contenido sirvió de modelo e inspiración a muchos países de la tierra. Por ello fue también que Palacios defendió en todo momento a la Ley Suprema, en la que vefa con acierto la Carta de la Libertad, de la Justicia y de los Derechos del Hombre.

Su actuación en el seno de la Convención Reformadora de 1957 fue notable, y su doctrina acerca de la naturaleza del poder constituyente y de la soberanía de la Convención fue aprobada por el alto cuerpo. “La Asamblea Constituyente

---

(28b) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 323.*

(29b) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 324.*

es el poder supremo de la Nación —dijo entonces—. No puede admitir limitación de ningún género". "La Constitución —sostuvo— no puede ser obra del poder constituido sino del constituyente. Y el poder constituyente no puede ser limitado sino por él mismo. Nunca por el poder constituido"⁽⁸⁰⁾.

En su esencia, las bases de la organización constitucional argentina fueron establecidas por la Revolución de Mayo de 1810; por lo que la Constitución Nacional de 1853-1860 no hizo sino institucionalizar —o sea, traducir en instituciones jurídicas que incorporó a su texto— ideas y principios fundamentales que nacieron con la Nación misma y con los cuales el pueblo argentino está consustanciado, y por cuya vigencia plena y efectiva ha luchado, lucha y continuará luchando en tanto conserve el alma y el estilo de la estirpe. Pudo así proclamar, desde su banca en el Congreso General Constituyente de 1852-1854, Juan María Gutiérrez, uno de sus diputados más conspicuos y compañero en la Asociación de Mayo, a la vez que autorizado vocero de Alberdi y Echeverría, que "La Constitución... es el pueblo, es la Nación Argentina hecha ley..."

La primera Constitución política del pueblo argentino, consagrada el 25 de mayo de 1810, proclamaba los principios fundamentales de la Soberanía popular, el sistema representativo, el gobierno republicano con la división de los poderes y el régimen federal de Estado; vale decir, las bases esenciales y permanentes de nuestra organización constitucional definitiva según las ha institucionalizado la Constitución Nacional. Como observa González Calderón, "ellas eran las bases constitucionales preestablecidas por la fuerza de los hechos históricos y consentidos y consagrados por el pueblo heroico de Buenos Aires, que tomaba la iniciativa en la realización de la empresa magna. Eran la síntesis de todo el derecho revolucionario, cuya finalidad consistía en libertar a los pueblos del Virreinato y darles organización constitucional después. Eran, en fin, la fe jurada por la Capital, por la hermana mayor, para que las demás Provincias se decidieran a participar en el gran movimiento de emancipación. Y ¿como se puede definir todo esto con una fórmula precisa? Se define así: soberanía del pueblo, derechos inherentes a las Provincias a participar en la organización del gobierno y en su funcionamiento regular"⁽⁸¹⁾.

Sostenía con acierto Palacios que "los principios de derecho público o de lo que puede llamarse primera Constitución Argentina, fueron sancionados por una asamblea sobe-

⁽⁸⁰⁾ *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 329.*

⁽⁸¹⁾ JUAN A. GONZALEZ CALDERON, *Derecho constitucional argentino*, Buenos Aires, 1930, t. 1, p. 19.

rana que legisló en la plaza pública, reproduciendo el ágora ateniense, con la diferencia de que en la nuestra los ciudadanos no cobraban un *salario legal*. Era la máxima expresión de un pueblo que proclamaba su gobierno propio" (32).

"Se ha dicho —afirma Palacios— que la Constitución del 53 se hizo en diez días y un joven e ilustrado convencional aseveró que era porque entonces estaba Alberdi. Sin duda Alberdi con sus *Bases* influyó; pero deseo ampliar la opinión del señor convencional, diciendo que acaso principalmente fue porque estaba en la asamblea el pensamiento del maestro de Alberdi, el de Echeverría, autor del *Dogma Socialista de Mayo*, que inspiró a los Constituyentes, y además porque estaba presente don Juan María Gutiérrez, discípulo predilecto de Echeverría, que redactó e informó el capítulo relativo a los derechos individuales del hombre" (33).

Dijo bien Palacios que "los constituyentes de 1853 dieron la fórmula jurídica de la organización nacional que hasta entonces había fracasado y consignaron el principio de la justicia social, donde están latentes todas las soluciones que dará el porvenir. Como en la Declaración de los Derechos del Hombre, el contenido de nuestra Carta Fundamental no está agotado. Sus autores vincularon los conceptos racionalistas e historicistas. Admitieron la idea y el hecho, lo que era y lo que debía ser. Por eso pierden el tiempo los comentaristas que pretenden encerrarla en teorías unilaterales o fragmentarias" (34).

Con aguda ironía, Palacios ridiculizó a aquellos que dominados por el fetichismo de la *Constitución tira de papel* —según la clásica expresión de Lassalle— creen que todos los problemas se resuelven por su mera mención en la letra de la Constitución o de la ley, y abogan constantemente por la reforma de estas. "Esto no significa —dijo— que yo desdeñe las Cartas Fundamentales, ni que ratifique lo que superficialmente expresó un hombre de gobierno brasileño, con mordaz ironía. Ahora —decía el estadista con motivo de las agitaciones por una reforma de la Constitución— ahora hablan de reforma; quieren atribuir a la ley todos sus errores. Yo propondría que se sustituyesen todos los capítulos de la Constitución, decretando un artículo, único: *Todo brasileño está obligado a tener vergüenza*" (35).

(32) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 313.*

(33) ALFREDO L. PALACIOS, *El pensamiento socialista en la Convención Nacional de 1957, p. 127.*

(34) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 322.*

(35) ALFREDO L. PALACIOS, *El pensamiento socialista en la Convención Nacional de 1957, p. 35.*

La Constitución Nacional de 1853-1860 institucionalizó en su texto la concepción del gobierno democrático constitucional, indisolublemente unida al estado actual de la civilización y el desarrollo político de la humanidad, y cuyos principios básicos, que fueron bandera y norte de los Constructores de la Nacionalidad y de la República de los argentinos, ya habían sido proclamados por la Revolución de Mayo de 1810, y ratificados y desarrollados por los distintos ensayos constitucionales que integraron el laborioso proceso de nuestra organización jurídico-política definitiva, que culminó con la sanción de la Ley Suprema, reputada por autorizadas opiniones como una de las más perfectas de la tierra.

La Constitución Nacional de 1853-1860 es una de las más sabias, prudentes y perfectas constituciones del mundo, y desde luego la más humanista y generosa. Como proclamara Joaquín V. González, con su indiscutida autoridad de ilustre hombre público y de constitucionalista eminente, el cual he calificado como el *Místico de la Constitución*, ésta "es uno de los instrumentos de gobierno más completos, más orgánicos, más jurídicos, sin ser por eso estrecho ni inmóvil, que hayan consumado los legisladores de cualquier país y época" (36).

Los constituyentes argentinos se inspiraron, sin duda, en la Constitución de los Estados Unidos de 1787, la primera Constitución en el sentido jurídico y moderno del término, que institucionalizó la doctrina del gobierno democrático constitucional, creando a la vez una nueva forma de federalismo, el Estado Federal. Como bien lo ha dicho otro gran ciudadano argentino, constitucionalista eminente y defensor permanente de la Constitución y los derechos humanos y que fuera amigo dilecto de Palacios, Carlos Sánchez Viamonte —a quien en este instante rindo mi afectuoso homenaje— "los Estados Unidos tienen el mérito indiscutible de haber creado las instituciones nuevas incorporándolas a su derecho positivo y dándoles la vigencia de una aplicación inmediata, no obstatne corresponder a los franceses la fundamentación filosófica y doctrinaria de los principios en que se apoyaban aquellas instituciones" (37).

Sin embargo, y a pesar de tener en cuenta el modelo norteamericano, los Padres de nuestra Ley Suprema tuvieron muy particularmente en consideración la historia, las características y los ideales del país. Con notable sentido común,

(36) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Estudios constitucionales*, t. 1, p. 14.

(37) CARLOS SANCHEZ VIAMONTE, *La revolución norteamericana y la revolución francesa*, "La Nación", 5 setiembre 1948, segunda sección, p. 2.

que no es sino la prudencia política, adoptaron y adaptaron a la realidad argentina los principios de la ciencia política y constitucional, a la luz de la doctrina nacional y universal. Como ha establecido la Corte Suprema de Justicia, que es intérprete final y definitivo y que ha de ser el guardián del Código Fundamental de la República, "el mayor valor de la Constitución no está en los textos escritos que adoptó y que antes de ellas habían adoptado los ensayos constitucionales que se sucedieron en el país durante cuarenta años sin lograr realidad, sino en la obra práctica, realista, que significó encontrar la fórmula que armonizaba intereses, tradiciones, pasiones contradictorias y belicosas. Su interpretación auténtica no puede olvidar los antecedentes que hicieron de ella una creación viva, impregnada de realidad argentina, a fin de que dentro de su elasticidad y generalidad que le impide envejecer con el cambio de ideas, crecimiento, redistribución de intereses, siga siendo el instrumento de la ordenación política y moral de la Nación" ⁽³⁸⁾.

Algunos críticos de la Constitución Nacional la rechazan bajo la impugnación de ser liberal e individualista, incurriendo en grueso, elemental e injusto error en cuanto al significado de tales términos. El admirable instrumento de gobierno argentino es sí, liberal, en cuanto proclama como finalidad suprema del Estado que organiza, la garantía de la libertad del hombre; y es también individualista, porque reconoce al individuo un conjunto de derechos fundamentales, inherentes a su condición humana, que son anteriores y superiores al Estado, el cual está obligado a protegerlos y asegurarlos a todos y cada uno de los habitantes. Así lo ha declarado formal y solemnemente la Corte Suprema de Justicia, en su calidad de intérprete final y definitivo de la Constitución, a través de una jurisprudencia reiterada y uniforme.

Ponía énfasis Palacios repetitivamente, en que "La Constitución fue dictada por la razón y la historia; ha realizado la unidad política de la República y ha presidido el desarrollo moral y material dando cuerpo y espíritu a la patria. Tenemos por eso una gran responsabilidad los que pretendemos reformarla. Hemos de proceder, repito y seguiré repitiendo, con una gran cautela. La Constitución no responde a doctrinas o teorías unilaterales; es un gran marco donde caben todas las audacias del pensamiento; quiere sólo afianzar la justicia y promover el bienestar general. Por lo pronto, para limitar el ejercicio de los derechos patrimoniales a que se refería el señor convencional, evitando la voracidad de los poderosos, condicionándolos a la función

⁽³⁸⁾ "La Ley", t. 6, p. 989.

⁽³⁹⁾ *Diario de Sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 1, p. 316.

social ya admitida por nosotros en la ley, no es menester reformar la Constitución. No puede seriamente sostenerse que la ley de las leyes, por su carácter individualista, permite la destrucción de las cosechas o la realización de maniobras para obtener el alza o la baja artificiales de los precios, lo que está reprimido por el código penal. La Constitución del 53, esencialmente igualitaria, es individualista en el sentido que no pudieron comprender su detractores, filósofos trasnochados, que hablaron de la influencia del iluminismo. Es individualista la Constitución porque reconoce al hombre derechos naturales anteriores al Estado, como lo expresaron Sarmiento y Vélez Sársfield en el informe de 1860. Y bueno es afirmar en este momento, que del concepto de la persona humana, que consagra la Constitución, surgen los derechos del trabajador. Por eso garantiza en toda su amplitud el derecho de asociación lícita, derecho natural del cual surge la autonomía de los sindicatos, libres de federarse, sin que el Estado pueda unificarlos por la fuerza, ni sacarlos de su jueces naturales. Y, además, el derecho de huelga, proclamado por todos los gobiernos y violado por todos, y mal reglamentado ahora por el gobierno provisional, bajo la influencia de un capitalismo inteligente y menos generoso". Para Palacios, "la Constitución se propone el bienestar común, el bien público. Y el bien público de la filosofía clásica coincidía con el bien común que defendía el proletariado surgido de la gran revolución industrial. Y así, señores convencionales, el *Nuevo Derecho* de los trabajadores fue sancionado bajo el amparo de la Constitución de 1853, que proporciona el marco amplísimo donde, como acabo de decir, caben todas las audacias del pensamiento. Procedamos, pues, con mucha cautela. Los obreros libres que luchan por un régimen jurídico y social más justo, no encontraron ni encontrarán nunca obstáculo alguno para el desarrollo de sus actividades en la magnífica Constitución de 1853... Rindo, pues, homenaje a los constituyentes del 53, figuras egregias de intuición maravillosa, forjadores de una Carta que ya ha cumplido más de un siglo, pero de la que puede decirse lo que Virgilio de los dioses: «su vejez es fresca y lozana»⁽⁴⁰⁾.

"He dicho antes de ahora —afirmó Palacios en la Convención Reformadora de 1957— que la Constitución de 1853 ha sido tachada de individualista. Lo es, sin duda, pero sólo en el sentido de reconocer al hombre derechos naturales anteriores al Estado; no en el concepto de que la voluntad individual y la libre contratación no pueden ser sometidas a exigencias reglamentarias. He afirmado también —agre-

---

(40) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 324.*

gaba— que el concepto de persona humana que consagra la Constitución de 1853 permite que de él surjan los derechos de los trabajadores. Por eso, garantiza con mucha amplitud el derecho de asociación lícita, derecho del cual surge la autonomía de los sindicatos, libres de sindicarse sin que se ejerza sobre ellos coacción alguna; y además el derecho de huelga, reconocido, sin sinceridad, por todos los gobiernos, pero siempre violado y ahora reglamentado por el gobierno provisional en una forma que ha merecido la crítica severa de uno de los miembros informantes”⁽⁴¹⁾.

Y para que no quedara duda alguna al respecto, agregé desde su banca de legislador constituyente: “Del derecho de asociación, derecho natural del hombre, y de las ideas de libertad e igualdad que informa la Constitución surgen los derechos de los trabajadores. La Constitución se propone el bienestar común, el bien del pueblo; y el bien público de la filosofía clásica coincide con el bien común, que defiende el proletariado moderno, surgido de la gran revolución industrial de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Y es así como el *Nuevo Derecho* de los trabajadores que inicié en el parlamento argentino, pudo desenvolverse bajo la égida de la Constitución del 53, cuya amplitud no solamente permitió la difusión de todas las ideas, sino que autorizó la sanción de todas las Leyes sociales que se dictaron en el Congreso Nacional”⁽⁴²⁾.

“La Constitución del 53 —dijo también Palacios en la Convención de 1957—, con hondas raíces en la historia, fue elaborada como consecuencia de la caída de la tiranía, con un pensamiento alto y sereno. Por eso he dicho alguna vez, en uno de mis libros, fundándolo, que es el resultado de la razón y de la historia, motivo por el cual resulta absurda la aseveración de los reaccionarios respecto de la influencia decisiva del iluminismo del siglo XVIII. Ya hemos de ver como los constituyentes procedían por simple intuición y eran iluministas, historicistas, metafísicos, positivistas, porque construían en el desierto y recogían todos los materiales de todas las doctrinas para elaborar una Constitución que sirviera de guía a los pueblos de esta tierra sagrada”⁽⁴³⁾.

Rindiendo homenaje a la Constitución Nacional, desde su banca de convencional constituyente, en 1957, expresó asimismo Palacios: “La he vivido medio siglo, la he invo-

---

(41) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 1259.

(42) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 1259.

(43) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 1, p. 314.

cado en el Congreso para las más grandes audacias del pensamiento, cuando todos los miembros del parlamento eran mis adversarios, y jamás fue un obstáculo para la sanción de las leyes que yo inicié, desde la de descanso dominical hasta la últimas de 1943”⁽⁴⁴⁾. Por eso, en su obra fundamental, *Estevan Echeverría Albacea del pensamiento de Mayo*, escribió Palacios en la última página, refiriéndose a la Ley Suprema de la República: “sus normas han de ser sagradas para los gobernantes, quienes no deben olvidar que los pueblos, como las grandes corrientes, sólo pueden ser detenidos transitoriamente en su tendencia y vocaciones, pues al fin retoman su cauce con ímpetu que equivale a la presión ejercida sobre ellos. Cuando en la vida institucional el idealismo declina, se producen reacciones. Pero, pasado el momento de desorientación, se retorna el camino para recobrar el nivel vital, alcanzado. Resulta muy difícil resignarse a soportar las mismas del pantano, después de haber vivido en las alturas, respirando el aire de las cumbres”⁽⁴⁵⁾.

IV

EL PODER JUDICIAL CUSTODIO DE LA CONSTITUCION Y LA LIBERTAD

La justicia —la voluntad constante y perpetua de dar a cada uno lo suyo, según la clásica definición de Ulpiano— constituye la esencia misma del derecho, y se erige en uno de los ideales supremos del individuo y del Estado. Por eso se explica que desde el nacimiento mismo del gobierno de los hombres, y aún en las formas más rudimentarias de éste, la administración de justicia aparezca como una de las funciones primordiales de quienes ejercen el poder, y su recto ejercicio constituya honda y permanente preocupación. Bien lo proclama el Libro de los Libros: “amad la justicia vosotros los que juzgáis o gobernáis la tierra” (Libro de la Sabiduría, cap. I, vers. 1). El Estado tiene el deber insoslayable de respetar, a la vez que asegurar la inviolabilidad del individuo —en cuanto ser libre capaz de decidir sus acciones y de escoger sus propios fines y medios—, indispensable para que éste pueda obrar como un ser naturalmente investido de libertad, dignidad y responsabilidad.

(44) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 322.*

(45) ALFREDO L. PALACIOS, *Estevan Echeverría: Albacea del pensamiento de Mayo*, Buenos Aires, 1951, p. 716.

Cuando Aristóteles, echando los cimientos de la ciencia política y constitucional, proclamaba que "la justicia es la base de la sociedad"⁽⁴⁶⁾, coincidiendo con la idea de Platón, de que "ella es común de todas las partes del gobierno"⁽⁴⁷⁾, no hacía sino expresar uno de los principios fundamentales del gobierno a través de todos los tiempos, según el cual no existe libertad si no hay seguridad jurídica, y la seguridad jurídica está ausente cuando no reina la justicia. La preocupación por la seguridad fue idea dominante en tan fervoroso defensor de la libertad como Montesquieu, para quien "la libertad consiste en la seguridad, o al menos en creer que se tiene la seguridad". Para el ilustre autor del *Espíritu de las Leyes*, "La libertad política de un ciudadano es la tranquilidad del espíritu que proviene de la confianza que tiene cada uno de su seguridad"⁽⁴⁸⁾. Y cuando formula su famosa teoría de la separación de los poderes gubernativos, Montesquieu distribuye a éstos a través de un mecanismo de interdependencia y control recíproco, con el fin de asegurar la libertad, que para él se identifica con la seguridad. Un siglo más tarde, nuestro gran Sarmiento expresaba, en forma coincidente, que "la Constitución no se ha hecho únicamente para dar libertad a los pueblos; se ha hecho, también, para darles seguridad, porque se ha comprendido que sin seguridad no puede haber libertad"⁽⁴⁹⁾. La función jurisdiccional aparece así como el instrumento más adecuado y eficaz para lograr y mantener la seguridad jurídica, y con ella la juridicidad y el imperio de la libertad en el Estado constitucional; por lo que es la función que mejor define el carácter jurídico de este sistema político, garantizando en la práctica institucional el correcto y efectivo funcionamiento del gobierno de las leyes, para que éste no degenera y se convierta en el execrable gobierno de los hombres que es el despotismo.

Palacios asignaba, en el sistema constitucional argentino, una trascendental importancia a la actuación del Poder Judicial, como lo destacó principalmente en su notable y valiente defensa del ministro de la Corte Suprema doctor Antonio Sagarna, con motivo del inícuo y arbitrario juicio político promovido a los miembros del alto tribunal. "Los tres poderes —dijo entonces— son coordinados e independientes. El Poder Judicial vigila el cumplimiento de la Constitución y realiza un control sobre los Poderes Legislativo y Ejecutivo, declarando inconstitucionales las leyes y decre-

(46) ARISTOTELES, *Política*, libro I, cap. I, § 66, p. 6.

(47) PLATÓN, *Las Leyes*, libro XII.

(48) MONTESQUIEU, *Espíritu de las Leyes*, libro XII, cap. II, y libro XI, cap. VI.

(49) DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, cit., t. 20, p. 104.

tos, de acuerdo con el art. 100 de la Constitución, que da a la Corte Suprema la facultad de conocer y resolver todas las causas que emanen de la Carta Fundamental, lo que significa una garantía de los derechos individuales. La declaración de inconstitucionalidad sólo puede efectuarse a requerimiento de parte lesionada y juzgando casos concretos, para no romper la armonía de los poderes... De todas maneras, aquella facultad tiene una importancia trascendental para las libertades del pueblo. Significa que el juez, según se ha expresado, lejos de estar siempre ligado a la voluntad parlamentaria, no es su fiel intérprete sino en tanto que ella respete los límites del pacto fundamental. Ante de aplicar las leyes, examina si son conformes a la Constitución; en caso contrario, tiene el derecho y el deber de considerarlas como no dictadas. Esa intervención del juez «en las fuentes mismas de la ley», eleva al Poder Judicial por encima de todos los poderes sin quebrar el equilibrio, pues no deroga la ley, y la sentencia sólo es obligatoria, para las partes en litigio, aun cuando debido al respeto que impone la majestad de la justicia, ese pronunciamiento se convierte en regla general, que los gobiernos acatan... Los que ahora pretenden subordinar el Poder Judicial al Ejecutivo o Legislativo, están atrasados dos siglos en materia de instituciones libres. Pero lo curioso es que suponen que su tendencia es la democrática y eso revela falta de cultura jurídica. La Suprema Corte es —según su propia enseñanza impartida en 1872— el tribunal en última instancia para todos los asuntos contenciosos en que se les ha dado jurisdicción, como pertenecientes al Poder Judicial. Sus decisiones son finales. Ningún tribunal las puede revocar. Representa, en la esfera de sus atribuciones, la soberanía nacional, y es tan independiente en su ejercicio como el Congreso en su potestad de legislar y como el Poder Ejecutivo en el desempeño de sus funciones. Para sus fallos no hay recurso alguno, a excepción del de revisión interpuesto ante ella en los casos de jurisdicción originaria y exclusiva. Es claro que si la Suprema Corte declara la inconstitucionalidad de una ley, al hacerlo plantea una disidencia con los legisladores que la votaron. ¿Se concibe, por eso, la posibilidad de que los jueces sean acusados? Si así fuere, el Poder que interpreta y aplica la ley quedaría a merced del que la dicta. Sería ilusorio entonces el principio de la separación de poderes, que es de la esencia del régimen republicano. Debemos descubrirnos ante la Suprema Corte de Justicia, guardián de la Ley Fundamental, que es, para los pueblos libres, como un arcasanta. Así como los romanos llamaron a su principal magistrado, el pretor, «la viva voz de la ley civil», se ha llamado al alto tribunal *la voz viva de la Constitución*, la voluntad del pueblo de la cual es expresión la Ley Fundamental por él votada”.

Por todo ello, Palacios pudo sostener en su memorable defensa, que "condenar a la Suprema Corte de Justicia por ejercer la función a que está destinada, implica desmenujar las cimbras del edificio constitucional, y aniquilar, como consecuencia, los fundamentos del régimen instituido para confirmar nuestra existencia de nación sabiamente orientada. Y tan cierta es esa realidad que yo podría decir, sin exagerar, en esta extraordinaria emergencia, que no sólo defiendo a los jueces, sino también a los otros poderes; es decir, a la integridad del gobierno de la República. Por la solidaridad que vincula a aquellos poderes no se podría concebir un acto más definido de locura que el de hundir el propio barco en que se navega. Este juicio político trasunta, por todo lo que he expresado, un desequilibrio de la estructura social en sus órganos directivos, pues al promoverse se desquicia violentamente nuestro sistema republicano, cuyos cimientos se consolidaron por la inteligente labor de nuestros antecesores" (50).

La obra de Palacios como iniciador y verdadero autor de la legislación social y del trabajo en nuestro país es realmente ciclópea, y despierta la admiración por la extensión y la profundidad de su tarea, que es mayor aún cuando se considera que comenzó su notable actuación en la Cámara de Diputados, muy joven y apenas concluidos sus estudios de abogacía, como único representante de los trabajadores, en una época en que había que vencer sólidos y arraigados prejuicios, a la vez que poderosos intereses materiales, para pretender institucionalizar los nobles principios de la entonces incipiente rama de la ciencia jurídica que con el mayor acierto el insigne argentino bautizó con la denominación de *Nuevo Derecho*, con la que rotuló a uno de sus libros fundamentales, del cual dijo Sánchez Viamonte, en 1927, que "es y será la piedra angular del nuevo derecho en la República Argentina" (51).

"A principio del siglo —recordaba Palacios desde su banca de la Convención Reformadora de 1957, no sin honda emoción— un joven recién egresado de la Universidad llegó a la Cámara de Diputados en representación de los trabajadores. Comenzó su tarea pidiendo un día de descanso para los obreros argentinos. Se produjo un verdadero escándalo en el recinto. Legisladores que representaban a la Unión Industrial sostuvieron que una ley de reposo hebdomadario sería inconstitucional pues restringiría la libertad individual y que las pretensiones del novel diputado eran inadmisibles

---

(50) ALFREDO L. PALACIOS, *La Corte Suprema ante el tribunal del Senado*, Buenos Aires, 1947, ps. 31 y 254.

(51) CARLOS SANCHEZ VIAMONTE, *Prólogo* a la segunda edición de *El Nuevo Derecho*, de Alfredo L. Palacios, p. 19.

y anárquicas. Ese joven —agregaba el ilustre estadista—, a pesar de sus legítimas ambiciones, no podía sospechar entonces que cincuenta años después iría a integrar una Asamblea Constituyente que consagraría el *Nuevo Derecho* que él había iniciado”⁽⁵²⁾.

Palacios tenía razón, ya el art. 14 bis o nuevo que la Convención Nacional Constituyente de 1957 insertó en el contexto de la Ley Suprema, no hizo sino constitucionalizar, o sea incorporar su mención en forma expresa en el artículo constitucional, principios e instituciones que desde hacía mucho tiempo ya existían en la legislación argentina merced, fundamentalmente, a la incansable acción del autor de *El Nuevo Derecho*. En el recinto de la misma Convención, el constituyente José Aguirre Cámara, perteneciente a otro sector político, expresó entonces: “ante todo debo decir, porque es la verdad y porque decirlo hace honor a los autores del Estado Fundamental que ahora nos rige —el primitivamente sancionado en esta ciudad de Santa Fe en 1853— que casi todos los derechos que van a institucionalizarse en esta asamblea están ahora vigentes en el país, en leyes positivas, y en algunos casos desde hace muchos años, como lo ha demostrado esta tarde en su brillante exposición el señor constituyente doctor Alfredo L. Palacios. Casi todos los derechos que ahora vamos a sancionar, están vigentes dentro de las cláusulas sobrias, previsoras y flexibles de nuestro famoso Estatuto de 1853”⁽⁵³⁾. Y ello fue debido primordialmente a la fecunda labor parlamentaria de Palacios, iniciador de la mayor parte de la legislación social sancionada por el Congreso argentino a través del tiempo.

Abogado a los veinte años de edad, su tesis doctoral sobre *La Miseria* —que fue su juvenil y primer gran grito de protesta contra la injusticia social— fue rechazada por el tribunal académico, por lo que Palacios, para lograr el título de doctor en jurisprudencia debió reemplazarla por otro trabajo sobre derecho comercial.

Es que Palacios fue un innovador y sobre todas las cosas un disconformista, que con valentía y sólidas razones se rebelaba siempre contra la injusticia y la deshonestidad. Ansiaba lo mejor para su país y su pueblo y criticó severamente desde la banca parlamentaria, la tribuna política, la cátedra o el libro todo aquello que no encuadraba en el ideal que su inspirada y noble mente había forjado del Estado y del ciudadano modelo. Mas aun en sus más extremas crí-

---

⁽⁵²⁾ *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 2, p. 1259.*

⁽⁵³⁾ *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 2, p. 1279.*

ticas respetó siempre los principios caballerescos que rigieron en todas las situaciones su límpida conducta: no atacó nunca a las personas sino solamente a los sistemas. Como dijera "La Nación" con motivo de su fallecimiento, "Palacios fue un no conformista. No estaba conforme con la estructura económica de su sociedad, ni con las prácticas políticas que falsearon con mayor o menor intensidad la democracia maltratada de nuestro siglo. Por eso, por su disconformismo, le fue posible alcanzar el perfil del clásico: el mundo en el que vivía no adoptó nunca los elevados ideales políticos que él postulaba. Quizás esos ideales eran irrealizables. Ello sin embargo, no tiene importancia. Hay hombres que viven para ejecutar y hay hombres que nacen para dar testimonio. Palacios perteneció al segundo género: su vida es, simplemente, el camino de las definiciones y las renunciaciones" (54). Sin embargo, Palacios fue también un hombre de grandes y efectivas realizaciones. Su obra como legislador fue ciclópea y un conjunto numeroso y sistemático de leyes sociales conformaron el *Nuevo Derecho*, justificando que se le considerara el *Padre del Derecho Social y del Trabajo Argentino*. En la Universidad, como profesor y decano, introdujo nuevos métodos y sistemas que contribuyeron a elevar el nivel del estudio y la investigación en el nivel de la enseñanza superior. En la Convención Nacional Constituyente de 1957 fue quien señaló el rumbo seguro en la defensa del admirable instrumento de libertad y de gobierno elaborado por los constituyentes del 53 y 60, evitando que se lo desnaturalizara o destruyera. Como escritor, ha dejado obras fundamentales, algunas de las cuales como *Estevan Echeverría: Albacea del Pensamiento de Mayo* serán clásicas en la bibliografía nacional por su méritos de fondo a la vez que por la belleza de la forma. Como ciudadano y como político, preocupóse siempre de demostrar con el pensamiento y la conducta que la política y la moral son inescindibles y que la ignorancia, la corrupción y la violencia son los peores enemigos de la democracia constitucional, y propugnó la *educación para la libertad* como el instrumento más valedero para el funcionamiento correcto del gobierno popular.

VI

LA IDEA-FUERZA DE LA LIBERTAD

La historia del hombre es la historia de su lucha por la libertad. El hombre nació para ser libre, y a través de los siglos combate sin tregua para obtener la libertad, primero; para conservarla, luego; y cuando la ha perdido, para recu-

---

(54) "La Nación".

perarla, iniciando, así, un nuevo ciclo en una serie que se repite al infinito en el decurso de los tiempos, sin que nunca la conquista sea definitiva, como si la Voluntad Divina fuera que por ese medio la llama de la libertad se mantuviera perennemente encendida en el alma humana. Bien dijo Echeverría que "la libertad no se adquiere sino a precio de sangre. La libertad es el pan que los pueblos deben ganar con el sudor de su rostro" (55). Por ello, ha podido sostener Croce, repitiendo la idea famosa de Hegel, que la historia es la hazaña de la libertad, en cuanto aparece como forjadora eterna y como sujeto mismo de la historia, y que considerada como tal, es por un lado el principio explicativo de la historia, y por el otro, el ideal moral de la humanidad (56).

Palacios, en su inflexible línea del idealismo, coincidía con esta concepción historicista; lo que lo llevaba a sostener que "los dictadores ignoran la historia. La vida para ellos es irracional, carece de lógica; sólo es verdad lo que ellos publican, y aconsejan no combatir al destino, obedecer sin rebeldía inútiles, sin estériles protestas. Pero la historia es la historia de la libertad. Lo dijo Croce, el filósofo que se mantuvo enhiesto ante la tiranía, ante el histrión de Italia que eliminó todos los conceptos morales y que concluyó como debe concluir un tirano: masacrado por su pueblo. La libertad es la vida consciente, la vida por excelencia; la libertad es un clamor recóndito. ¡Cuántas veces lo he dicho desde la tribuna popular! Es un clamor recóndito, es el imperativo ineludible que nos viene del solar de la raza; es el reto lanzado por el gaucho bravío, en las montañas y en las llanuras, y recogido en el Río de la Plata por los padres de nuestra nacionalidad. La libertad es la exigencia ética fundamental del espíritu, y el hombre libre no se resigna nunca. El destino es inflexible, implacable con los que se entregan mansamente. Pero el destino se dobla ante la fuerza de la voluntad del hombre que es resorte primordial de la historia" (57).

No pocas circunstancias parecerían corroborar, en la historia del mundo, la milenaria teoría polibiana de los ciclos políticos, dentro de la línea de pensamiento de que las crisis institucionales, los golpes de Estado y las revoluciones se repiten en el devenir de los pueblos con cierta periodicidad. Sorokin, a través de un meditado análisis del acuciante tema, afirma que la probabilidad histórica de las revoluciones es de una cada seis años; frecuencia que se presenta

---

(55) ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Dogma socialista*, ed. Universidad Nacional de La Plata, cit., § V, p. 175.

(56) BENEDETTO CROCE, *La historia como hazaña de la libertad*, México, 1942, p. 63.

(57) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 1, p. 315.

por regla general en todos los países y sin que influyan al respecto los factores de clima, medio, raza o época. Y piensa que considerando la frecuencia de las revoluciones, no por naciones sino por épocas, no parece que la humanidad vaya estabilizando sus instituciones políticas y sociales, ya que, a su juicio, lo que va del siglo XX es una de las épocas de la historia en que han acaecido más y más importantes y sangrientas revoluciones⁽⁵⁸⁾.

Entre nosotros, Sarmiento, estudiando el desarrollo de la vida política argentina, y en particular la de las Provincias, llegaba a la conclusión de que "el resultado de esta lucha es que a fuerza de torrentes de sangre se logra, cada veinte años, uno de instituciones regulares, sucediéndose luego la anarquía que crean los mismos que tantos sacrificios hicieron por librarse de sus tiranos"⁽⁵⁹⁾. Más recientemente, Rodolfo Rivarola ha afirmado que "el examen de los procesos históricos en la iniciación y revolución política de la Argentina revela que aquéllos se integran en períodos de treinta años, con crisis al cumplirse la segunda década. 1) En 1790 aparece la idea de la independencia; su crisis está en 1810; la emancipación real, por la caída definitiva de todo poder de España en América, en 1821; 2) Con ésta, la disolución del gobierno nacional, que lamentablemente se confunde con la disolución nacional; 3) En 1851 entra en ejecución, por la fuerza, la realización del Estado nacional, por la Constitución. Hasta fines de 1880 queda pendiente su integración con la Capital en Buenos Aires, que cierra este ciclo 4) Hasta 1910 el problema se plantea gradualmente, al punto de condensarse en la frase *reivindicación del sufragio*, y en 1912 se da por reivindicado el sufragio con la reforma electoral, que inicia el ciclo presente y tiene grave crisis en el año 1930; 5) En los años que restan, hasta 1940, la Nación Argentina debe resolver el problema del gobierno representativo"⁽⁶⁰⁾.

Contrariamente a esa línea de pensamiento, Palacios rechazó la tesis cíclica. "No creo en los ciclos políticos —afirmaba categóricamente— de que nos ha hablado el maestro Rivarola y que alguna vez ha citado uno de mis correligionarios, culto y elocuente. No creo en los ciclos políticos con los que se pretende que las revoluciones se repiten en los pueblos con cierta periodicidad. Este es un resabio del pensamiento del Estagirita, que no conoció el valor de la idea historicista, y de la tesis desconsoladora de

⁽⁵⁸⁾ PITIRIM A. SOROKIN, *Social and cultural dynamics*, t. 3, p. 406.

⁽⁵⁹⁾ DOMINGO F. SARMIENTO, *Obras completas*, Buenos Aires, 1899, t. 31, p. 15.

⁽⁶⁰⁾ RODOLFO RIVAROLA, *Diccionario manual de instrucción cívica y práctica constitucional argentina*, Buenos Aires, 1934, p. 102.

Vico, que no alcanzó nunca a formular la teoría del progreso. No creo tampoco en el determinismo histórico como fuerza fundamental de la historia. Hay sí, una línea de desenvolvimiento humano, encadenamiento de causa a efecto, que está regida por leyes naturales, pero creo por sobre todas las cosas en la fuerza de la voluntad libre del hombre. No hay fatalidad histórica que imponga una tiranía. Puede haber una eventualidad externa que entre incidentalmente en lo fatal. Groussac ha dicho, refiriéndose a Rosas, que si la dictadura era entonces inevitable como remedio a la anarquía, no así la persona del dictador. Pudo tenerse a un San Martín en lugar de un Rosas, y esto fuera la salvación. Groussac se indigna contra los que pretenden rehabilitar al tirano y a pretexto de un maquiavelismo absurdo, atribuyen designios políticos y propósitos de organización nacional a los bárbaros asesinos en que el odio y la venganza personal suelen complicarse con el desorden y la codicia. No hay, señor presidente, fatalidad histórica que pueda penetrar hasta el libre albedrío para abolir toda responsabilidad individual o colectiva" (61).

La idea-fuerza de la libertad fue el aliento inspirador de todo el pensamiento y la acción de Palacios. José Manuel Estrada —el brillante constitucionalista católico, con cuya doctrina, no obstante las diferencias ideológicas que separaran a ambos, coincidió en aspectos fundamentales— había enseñado desde su cátedra famosa, iniciando su inolvidable curso magistral que "toda la ciencia política está contenida en la idea de la libertad" (62). El ilustre autor de *El Nuevo Derecho* sostuvo también que "toda la ciencia política está implícita en la idea de libertad" (63). Claro está que ambos seguían la amplia y luminosa senda señalada por la *Doctrina de Mayo*, a través de las ideas de Moreno, Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, institucionalizadas por los Constituyentes de 1853 y 1860. Precisamente el gran Sarmiento, en la carta que dirgiera a José Posse, el 30 de abril de 1855, había sentado como la máxima granítica de toda su filosofía política y actuación institucional el apotegma de: "yo creo en la libertad" (64). En tan fundamental aspecto, Palacios estaba en la misma línea que su ilustre amigo Monseñor Miguel de Andrea, para quien "la libertad es el don supremo de Dios hecho al hombre, después del de la vida. Tan sagrada es

---

(61) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 1, p. 315.

(62) JOSE MANUEL ESTRADA, *Lecciones de derecho constitucional*, Buenos Aires, 1927, t. 1, p. 1.

(63) *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957*, cit., t. 2, p. 1625.

(64) *Epistolario entre Sarmiento y Posse: 1845-1888*, Archivo del Museo Histórico Sarmiento, Buenos Aires, 1946, p. 41.

la obligación que pesa sobre todos de respetar la libertad como la de respetar la vida. El hombre tiene el mismo derecho a la una que a la otra, porque le ha sido otorgada por el mismo Dios. Y, por fortuna, somos todavía muchos en el mundo los hombres a quienes importa menos dar la vida que perder la libertad, ya que sin la libertad la vida no vale la pena de ser vivida" (65). Otro ilustre argentino, Nicolás Avellaneda, pudo decir en las postrimerías de su corta pero fecunda existencia: "llevo polvo en mis vestidos, palidez enfermiza en la frente, pero creo todavía en el deber como fuerza para mi vida y en la libertad como destino para mi pueblo" (66).

Desde su banca en el Senado de la Nación, Palacios afirmó con su característica elocuencia vinculando íntimamente a la libertad con la justicia: "lo característico de la argentinidad es el sentido individualista de independencia personal y de sentimiento solidario. Estos dos impulsos corresponden a la libertad y la justicia, bases sobre las que se fundamenta mi doctrina. El argentino estima a la libertad a la par de la existencia. Podríamos resignarnos a todo, con tal que no se pretendiera reformarnos o reducirnos en nuestra personalidad. Nuestro destino es la libertad, y si hay otros pueblos más desdichados que necesitan conocer que primero es vivir y después ser libre, nosotros hemos puesto nuestro orgullo siempre en preferir a la vida, la libertad" (67).

En esa posición espiritual, Palacios no hacía sino interpretar fielmente la más pura esencia de la argentinidad; porque la libertad ha sido siempre una idea-fuerza en la Nación Argentina, a manera de eje en torno al cual ha girado toda su historia, sus luchas, sus triunfos, sus vicisitudes, sus horas de gloria y sus horas de amargura. Lo dijo, con palabras dignas del bronce, el Congreso General Constituyente del 52-54: "la palabra más simpática para la democracia argentina es la de libertad. En la guerra extranjera como en la guerra civil, siempre el pabellón azul y blanco llevó escrita esa palabra mágica" (68).

Profundamente compenetrado de la íntima relación que existe entre la libertad de prensa y el funcionamiento del régimen democrático, Palacios se mostró en todo momento decidido y esforzado defensor de tan preciado derecho, que

---

(65) Monseñor MIGUEL DE ANDREA, *Hacia un nuevo mundo*, Buenos Aires, 1943, p. 24.

(66) NICOLAS AVELLANEDA, *Escritos y discursos*, Buenos Aires, 1910, t. 3, p. 142.

(67) ALFREDO L. PALACIOS, *El delito de opinión y la tradición argentina*, Buenos Aires, 1939, p. 163.

(68) *Convención Nacional de 1898 y antecedentes*, Buenos Aires, 1898.

dentro del sistema institucional establecido por nuestra Ley Suprema, asume el carácter de una verdadera *libertad institucional*, con una jerarquía especial que le atribuye una relevancia extraordinaria. Así, en uno de sus grandes discursos parlamentarios, sostuvo que "la prensa tiene un papel principal; por eso considero que es contrario al espíritu de una democracia discutir si la prensa debe ser libre. Si no lo fuera, carecería en absoluto de aplicación el principio de la responsabilidad de los agentes públicos ante el pueblo, lo que constituye la base del sistema representativo. Federico Grimke, en quien se inspiró nuestro gran Véz Sársfield al pronunciar su medular discurso de la Convención del 60, en su famoso libro *Naturaleza y Tendencia de las Instituciones Libres*, afirma que puede considerarse a la prensa como una extensión o amplificación de los principios de la representación popular. Refleja las opiniones de todas las clases, tan completamente, como los diputados del pueblo. La diferencia estriba en que la prensa tiene poder para influir, pero no para compeler, con la ventaja de que está en constante actividad frente al espíritu público y no le habla sólo periódicamente como el cuerpo legislativo. Hay, a mi juicio, una relación íntima entre el Parlamento y la prensa. Ambas instituciones hablan en nombre de la opinión y se complementan para encerrar en sus moldes gran parte de la vida compleja de la Nación. Se ha sostenido que ningún régimen parlamentario es bueno si las garantías legales que protegen su libertad no van acompañadas de garantías semejantes en favor de la libertad de la prensa. Por eso, Chateaubriand, en el año 1828, decía que la libertad de la prensa vale tanto como toda una Constitución, y que disminuir o suspender los derechos constitucionales tienen una importancia relativa si se respeta, en cambio, la libertad de prensa. Habría de perderse la Constitución y la libertad de la prensa nos la restituiría. Es por eso que en este mismo recinto he sostenido, interpretando el art. 23 de la Constitución, que aún en estado de sitio, el espíritu de la Carta Fundamental impide restringir la libertad de imprenta, pues la acción del Poder Ejecutivo, en lo que se refiere a las facultades otorgadas por el precepto, no puede de ninguna manera alcanzar a las cosas. Lo sostuve al presentar mi proyecto de reglamentación del estado de sitio y me basé en las opiniones muy autorizadas de Carlos Tejedor y Agustín de Vedia, autor éste del libro *La Constitución Nacional*, que es obra de consulta para todos los legisladores".

Sostenía, asimismo, Palacios que "la prensa es el órgano de la opinión pública y sólo se la amordaza donde falta la civilización. Si la prensa es buena, el periodista ejerce una noble dirección espiritual. Si es Montalvo quien escribe, puede matar a un tirano. Hay plumas que más parecen espadas. Es claro que también la prensa puede hacer daño:

puede defender y amparar los grandes negociados deshonestos. Entonces, es para ellos el *fondo de los reptiles* de la famosa cancillería prusiana. Pero en este caso, es tan miserable el periodista que vende su pluma como el canciller que la compra. La prensa así, no es tribuna, ni es cátedra. Pero sus excesos no se combaten ni se detienen con restricciones. Sólo la libertad es eficaz —afirmación que desarrolla magistralmente France—. La prensa expresa el pensamiento de la nación entera, diverso, confuso, contradictorio, justo, injusto, absurdo, violento y magnánimo. Es todo esto, a la vez, porque refleja exactamente los matices de la opinión pública. La prensa, cuando es libre —ha dicho un pensador francés— es débil para el mal y fuerte para el bien. La prensa habla siempre antes que el Parlamento. No hay asunto que nosotros consideremos en este recinto que primero no haya sido dilucidado y debatido con amplitud en las columnas de los diarios, y es muy frecuente que los legisladores citen las opiniones de los periodistas. La prensa nos sigue con ojo avizor; analiza nuestras iniciativas, juzga nuestras actitudes, critica nuestras resoluciones, y es bueno que así sea; y si alguna vez, señor presidente, nos ridiculiza o nos desacredita, no hay en ello un perjuicio social aunque hiera nuestra vanidad o nuestro amor propio. Siempre encontraremos la manera de reaccionar contra el periodista que tal cosa hace, sin necesidad de restringir la libertad de la prensa”⁽⁶⁹⁾.

La sistemática aversión del ilustre ciudadano hacia el estado de sitio, no era simplemente el resultado de una convicción meramente académica y abstracta. Palacios había sido testigo del abuso por los gobernantes de un instituto que concebido por los constituyentes como un remedio extraordinario para la defensa de la Constitución en gravísimas circunstancias de emergencia, en la práctica ha sido desnaturalizado en un instrumento casi usual y no pocas veces con propósitos de opresión de los habitantes. Pero además, Palacios debió sufrir en carne propia tales desbordes institucionales, padeciendo la cárcel en repetidas oportunidades durante la vigencia del estado de sitio. En una de esas ocasiones —según me refiriera— encontrándose detenido en la Penitenciaría Nacional, cuyo viejo edificio se levantaba hasta hace algunos años en la calle las Heras, desde su solitaria celda requirió la presencia del guardián de turno con su viril voz: “esclavo —le dijo— trae un poco de agua para este hombre libre”.

“Soy un adversario decidido de esta institución jurídica que, a mi juicio —decía Palacios— destruye la libertad individual, permite la persecución política sin normas ni reparo

---

⁽⁶⁹⁾ ALFREDO L. PALACIOS, *Libertad de prensa*, Buenos Aires, 1934, ps. 24 y 25.

y produce la depresión del espíritu y el escepticismo en el pueblo". Y señalaba que "nuestros mandatarios han recurrido con demasiada frecuencia a la cláusula de la dictadura legal, que destruye el régimen político y que permite el gobierno de los hombres"⁽⁷⁰⁾.

En un debate memorable, desde su banca de senador, sostuvo Palacios que "Elizalde, Valentín Alsina, Rawson, Bernardo de Irigoyen y Manuel Quintana han combatido el estado de sitio, sosteniendo que podía borrarse de la Constitución. Para el último de los estadistas que acabo de mencionar —agregaba—, en un país en que las facultades extraordinarias están condenadas por los antecedentes de su historia y por el art. 29 de la Constitución, el estado de sitio es el arma de castigo que el Congreso pone en manos del Presidente, para descargarla sobre la cabeza de los inocentes o culpables". Sin embargo, hacía la salvedad de que "el estado de sitio, inaceptable teóricamente, puede, en casos excepcionales, resultar eficaz como medida de salvación social"⁽⁷¹⁾.

Palacios consideraba que en el estado de sitio, "la suspensión de las garantías debe entenderse restrictivamente; es decir, se suspende el ejercicio de las garantías a los derechos de las personas, en cuanto ella concurra a repeler el ataque o suprimir la conmoción interna. El estado de sitio, que no debe ser un instrumento de opresión y tiranía, no afecta sino a las garantías individuales, nunca a los privilegios ni a la existencia de los poderes públicos que tienen su origen directo en la Constitución"⁽⁷²⁾.

VII

LA EDUCACION PARA LA LIBERTAD

El 6 de octubre de 1975, escribíamos en "La Prensa": "muchas y autorizadas voces han afirmado con acierto que la República vive hoy su hora más triste y oscura desde la organización constitucional definitiva en 1853. Coinciden asimismo en que trátase, en su esencia, de una profunda crisis de los valores éticos que se exterioriza en el empalideci-

---

(70) ALFREDO L. PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, cit., p. 229.

(71) ALFREDO L. PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, cit., p. 214.

(72) ALFREDO L. PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, cit., p. 216.

miento de los grandes ideales de la nacionalidad, así como en la ola de materialismo, corrupción y venalidad que ha invadido todos los ámbitos del quehacer del país. A nuestro juicio, esa crisis moral, si bien reconoce numerosas y complejas causas que la han provocado, facilitado y aún agravado, débese, en importante medida, al fracaso de la educación pública en los últimos tiempos”⁽⁷³⁾.

La ignorancia del pueblo, o la semi-ignorancia —quizás más temible todavía que aquella— genera el clima propicio para el desarrollo del funesto y virulento germen de la demagogia y el despotismo. Si los ciudadanos no son *educados para la libertad* —o sea, para llegar a ser ciudadanos democráticos, conscientes de sus derechos y de sus deberes— serán siempre masa o muchedumbre, pero nunca pueblo; rebaño que seguirá ciega e irreflexivamente a cualquier mal pastor que satisfaga sus más bajos apetitos; será espectador pasivo y no protagonista activo de la noble gesta cívica. “Pueblo mal educado —sostenía con acierto José Manuel Estrada— es pueblo esclavo, o de los tiranos, o de las cábala, o de la anarquía, o de la pereza”. Y pensaba que “quien dice democracia representativa designa una forma de gobierno en la cual la soberanía reside en el pueblo, pero es ejercida por los mejores y los más capaces. Ellos constituyen una especie de aristocracia móvil, constantemente engrosada y que a nadie repele. Ningún privilegio les favorece; gobiernan porque el pueblo los exalta cediendo al movimiento y al contrapeso natural de las fuerzas morales. De consiguiente, no es menos importante preocuparse, al organizar el país, de los medios que pueden preparar a la generalidad del pueblo para las funciones de la vida democrática, que de aquellos tendientes a reclutar sus clases gobernantes”⁽⁷⁴⁾.

La democracia constitucional —sistema político caracterizado como el *gobierno de las leyes*, en oposición al *gobierno de los hombres*, porque en él la Constitución y la Ley se imponen a la voluntad de los individuos, sean gobernantes o gobernados— se funda en el principio de la soberanía popular, que requiere que el pueblo sea el titular de la soberanía y por ende del poder constituyente. De donde resulta que el funcionamiento exitoso del sistema exige ineludiblemente un adecuado nivel de capacitación moral y cívica de la ciudadanía, que debe ser protagonista activo y no mero espectador pasivo del drama institucional. Solamente por arte de magia quienes gobiernan podrían ser mejores, ética e intelectualmente, que el pueblo de donde proceden. De allí la importan-

(73) SEGUNDO V. LINARES QUINTANA, *Educación para la libertad*, “La Prensa”, 6 octubre 1975, p. 4.

(74) JOSE MANUEL ESTRADA, *Obras completas*, Buenos Aires, 1904, t. 10, p. 330.

cia trascendental que en la democracia reviste la educación moral y cívica del pueblo, para que éste pueda ejercer correctamente la suprema función soberana.

“Educar al soberano”, proclamaba Sarmiento como misión fundamental e ineludible para el progreso del país y, sobre todo, para alcanzar el correcto funcionamiento de las instituciones democráticas, que requiere la capacitación de la ciudadanía para ejercer su soberana función. “Educar al pueblo en la libertad —afirmaba Alberdi— es equivalente a devolverle su poder. La educación política, es decir, la costumbre inteligente de ejercer el poder, es la verdadera y sola libertad. Así, en los países libres, la educación pública es una parte de la soberanía, cuyo ejercicio no se delega ni se saca de las manos del pueblo. Como la prensa, la educación es una garantía que el país se reserva contra la propensión natural de los delegados de su poder a convertirse en dueños del poder ajeno que le está delegado, siempre que su dueño verdadero no le pone obstáculo”⁽⁷⁵⁾.

Claro está que la *educación para la libertad* no comporta tanto la adquisición de una suma determinada de conocimientos como, y esencialmente, la capacitación intelectual y ética del ciudadano para el ejercicio de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes en la comunidad democrática, desarrollando en su ser la plena conciencia de su responsabilidad como miembro de una democracia. Solamente esa *educación para la libertad* formará ciudadanos, y aventará del alma humana lo que Fröhm llamará el *miedo a la libertad*, que experimentan las masas fatigadas por la que consideran insobrellevable carga de la responsabilidad cívica, prontas a renunciar a aquélla por el plato de lentejas que les promete el líder. Porque, como escribió Félix Frías, “una república no se realiza con la soberanía de los ignorantes”⁽⁷⁶⁾.

Profundamente convencido de estas ideas, Palacios sostuvo, sistemática y reiteradamente, que “sin duda, las virtudes republicanas no surgen de la ley, ni la libertad sólo de la división de los poderes. Hemos tenido la Constitución más libre del mundo, la Constitución del 53, y los estadistas extranjeros que han venido nos han avergonzado diciendo que esta Constitución no se cumplió nunca. No me importa, eso; es decir, me importa, pero no creo que sea suficiente para que la desdeñemos. La Constitución Argentina, violada en todo sentido desde el gobierno, ha servido de guía, ha sido

⁽⁷⁵⁾ JUAN B. ALBERDI, *Obras selectas*, Buenos Aires, 1920, t. 2, p. 268.

⁽⁷⁶⁾ ERICH FRÖHM, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, 1947, p. 131.

el ideal permanente de los hombres que luchamos por la libertad y la hemos invocado en el Parlamento, en la Cátedra, en la tribuna popular, sosteniendo que mientras haya una Constitución como la nuestra, habrá una luz que nos señalará el camino. El problema no se resuelve política ni económicamente. El problema es de educación cívica y de cultura. La tarea para resolverlo se desarrollará lentamente. Pero, mientras tanto, la Constitución es necesaria como un ideal. Fue para nosotros la del 53, expresión clara y límpida de la soberanía en medio de la barbarie política en que hemos vivido durante más de medio siglo, y ello nos permitió invocarla para realizar nuestra grandiosa obra de un *Nuevo Derecho*, del que nos sentimos orgullosos”⁽⁷⁷⁾.

Palacios estaba convencido de que la mejor Constitución del mundo fracasará si su aplicación no se asienta fundamentalmente sobre la educación y la moral de la ciudadanía. “No debemos hacernos muchas ilusiones —sostenía proféticamente en la Convención de 1957—, ni creer que la Constitución del 53, merced a las reformas que aquí se sancionen, llegue a ser la *tumba de la tiranía*. Las tiranías obedecen a una red de factores, entre ellos, señor presidente, la ignorancia y la miseria, dos enemigos que debemos combatir denodadamente si no queremos que fracase nuestra incipiente democracia. Seguirá siendo una simple democracia cuantitativa; nunca una democracia al servicio del espíritu, si descuidamos la educación y la salud del pueblo”⁽⁷⁸⁾.

Sincero defensor de la Ley Sáenz Peña, como el instrumento jurídico que realizó una profunda revolución política dentro del cauce constitucional, abriendo las puertas del comicio a toda la ciudadanía argentina, Palacios entendía, con razón, que “resulta pueril atribuir a la ley electoral la existencia de los malos gobiernos... No son nuestras instituciones las culpables de los malos gobiernos, como pretenden los que creen que «tenemos, porque Dios nos lo ha enviado, el organizador de nuestra patria nueva». Al contrario, es el desprecio de nuestras instituciones libres la causa del mal. Por eso hay que consolidar nuestra democracia, empezando por enseñar a votar. Tenemos el instrumento que organiza los comicios y les da garantías, pero eso no basta. Es indispensable que el sentimiento de libertad en cada ciudadano se convierta en una actitud reflexiva, pues de otra manera ignorará siempre lo que espiritualmente significa sufragio. Y para eso deberá realizarse una gran obra de cultura que oriente la educación pública en el sentido de

---

⁽⁷⁷⁾ *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 316.*

⁽⁷⁸⁾ *Diario de sesiones de la Convención Nacional Constituyente: año 1957, cit., t. 1, p. 321.*

despertar los sentimientos solidarios y de promover el desarrollo del espíritu y la formación de la personalidad". "Porque no estoy conforme con que nos gobierne un *jefe predeterminado* —concluía Palacios— «cuya autoridad no tiene más ley que su voluntad, ni más contrapeso que esa misma voluntad» —empleo, explicaba, las palabras del General Mitre en su discurso sobre el Acuerdo de San Nicolás— porque he combatido todas las dictaduras extranjeras y no podría por propio decoro permanecer indiferente ante la que se levanta en mi Patria; porque repudio una Constitución antidemocrática y quiero el afianzamiento de nuestras instituciones; por todo eso acepto la invitación del Partido Socialista y me incorporo a sus filas, para luchar por la libertad"⁽⁷⁹⁾.

En 1936, fundando en el Senado un proyecto de ley sobre la represión de los delitos electorales, Palacios decía: "no tengo la superstición de la ley. Creo que lo imperioso es que germinen entre nosotros nuevas costumbres políticas; pero no dejo de reconocer que si el precepto vale menos que el sentimiento y la idea, puede, sin embargo, contribuir a crearlos, acercándonos así al ideal democrático con la solución de las contiendas electorales por medio del voto auténtico. Me propongo infundir en el alma del pueblo la convicción de que la violencia y la mentira política envilecen a los hombres y merecen la infamia y la cárcel. Me propongo inspirar repulsión por el delito electoral, que ha sido considerado, sin discrepancias, más pernicioso y menos justificable que el ataque a los derechos privados y a la propiedad de las cosas, porque éstos son inferiores, sin disputa, al patrimonio de la soberanía y sus atributos"⁽⁸⁰⁾.

"Para llegar a la comunidad iberoamericana —preconizaba el autor de *El Nuevo Derecho*— debemos proponernos alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, estimulando toda renovación que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular. Debemos uniformar los principios fundamentales de nuestro derecho público y privado, promoviendo la creación de entidades jurídicas, económicas e intelectuales, de carácter continental. Además, habrá que realizar una gran obra educativa, revisando la historia para la exaltación de los ideales y de los héroes comunes. Por lo que respecta a la educación del pueblo, sin duda la tarea será lenta y exigirá un esfuerzo permanente, pero sólo así la democracia podrá estar algún día en América al servicio del espíritu. La ignorancia es el gran enemigo. En pleno despotismo, Esteban Echeverría elevó su voz

(79) ALFREDO L. PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, cit., p. 37.

(80) ALFREDO L. PALACIOS, *La represión del fraude electoral*, cit., p. 7.

apostólica: «Tenemos que emprender un trabajo de reconstrucción» —dijo—, y escribió su *Manual de Enseñanza Moral* para las escuelas del Estado Oriental. Sostuvo, hace más de medio siglo, la necesidad de una firme orientación moral y cívica en la escuela, basada en la trinidad democrática. En su cuerpo de doctrina educativa propende a la formación del hombre americano, vinculándolo al mundo. Retoma el pensamiento de Mayo. Sigue la tradición revolucionaria para fundar las instituciones democráticas. Un siglo después los educadores afirman que la educación en su pleno sentido debe formar al hombre de su país asegurándole también formas y amplias conexiones con lo americano, y aun con lo universal”⁽⁸¹⁾.

VIII

LA ESPERANZA EN LA DEMOCRACIA

Palacios tenía alma de poeta y de todo su pensamiento fluye un apasionado amor a la verdad, a la belleza y a la armonía. Definiéndose sin querer, él mismo decía: “es que los poetas son sacerdotes del misterio y del infinito, que penetran en lo más hondo de las cosas y nos revelan la belleza, luminosa irradiación de la verdad. Más allá de los ritos consagrados y la estrechez del dogma que asfixia, tienen la amplitud del profeta. Son los poseedores del entusiasmo y de la esperanza, de la esperanza que no obstante tener alas, se quedó entre nosotros porque amaba a los hombres. Esperar es amar —dijo Guyau, el poeta filósofo— y amar es saber esperar al lado de los que sufren. El poeta es vidente y por eso conduce y libera a los pueblos; canta sus glorias, sus dolores y sus misteriosos anhelos de ascensión. Cuenta Plutarco que los vencedores de los atenienses en Siracusa, perdonaban la vida a cuantos podían repetirles los versos de Eurípides. Y muchos siglos después, cuando la barbarie turca dio un zarpazo a Grecia: el divino Homero, el áspero y genial Esquilo, Sófocles, Píndaro, desde las profundidades de la historia, armaron caballero de la libertad a Byron. Entre los hombres son los poetas los que están más altos. Menester es que sea así, porque ellos son los vigías y marcan el derrotero”⁽⁸²⁾. Palacios, porque además fue poeta, es que es vigía y marca el derrotero.

---

(81) ALFREDO L. PALACIOS, *La comunidad iberoamericana: Bolívar y Alberdi*, Buenos Aires, 1959, p. 111.

(82) ALFREDO L. PALACIOS, *Estadistas y poetas*, p. 173.

En afortunado símil, comparando a la Nación Argentina con un gigantesco y sólido árbol, seguramente injerto de quebracho y ombú, decía Palacios, en 1947: "cuidemos con amor, de nuestro pueblo, que ha crecido lentamente, prolongando con hondura sus raíces en la pampa inmensurable y en las montañas andinas y las ha regado con sangre de sacrificio; que se ha elevado a los espacios, desafiando las tempestades, como árbol secular cuya sombra protectora puede cobijar las caravanas llegadas desde todos los rumbos del horizonte, y cuyos frutos alimentan a las familias patriarcales que se refugian en derredor de su tronco. Ese árbol, ya centenario pero vigoroso y floreciente, curtido en los huracanes, resistente al rayo atraído por su propia altura y fuerte como el quebracho, capaz de romper el hacha del leñador. Claro está que por su propia magnitud ofrece nido a los pájaros del cielo y guarida a no pocas alimañas. Pero nutre, resguarda y presta abrigo a multitudes germinadoras, que llevan en sus entrañas las semillas de la paz y la libertad. Es un árbol sagrado, que debe ser contemplado con veneración y reconocimiento y regado con amor. Es el árbol de la nueva humanidad, en cuya corteza rústica pero sensible quedan grabados los nombres de todos sus bienhechores, mientras se borran las huellas de los que atentaron contra él" (83).

El embate de las tempestades físicas y morales, en lugar de abatir o debilitar al árbol que imaginaba Palacios, lo ha endurecido y vivificado, tornándolo resistente a todas las vicisitudes. Ya lo dijo Séneca: "ningún árbol está sólido y fuerte sino el fatigado de continuos vientos, porque con el mismo combate de ellos se aprietan y fortifican las raíces; y al contrario, los que crecieron en abrigadas vallas son frágiles" (84).

Demócrata sincero, proclamaba en el Senado, en uno de sus memorables discursos: "amo profundamente a la democracia, que está en el alma de nuestro pueblo, y la quiero orgánica, para impedir la demagogia, que trae como consecuencias inevitables las dictaduras". Claro está que como aguzado estadista, conocía las falencias de gobernantes y gobernados y la perfectibilidad del gobierno popular, al cual generalmente se hace responsable de los defectos y vicios de los hombres. Bien proclamó otro gran hombre de Estado, Winston Churchill, que "la democracia es el peor sistema de gobierno, salvo todos los demás". Por eso Palacios pudo sostener que "la democracia no es una forma perfecta y requiere, sin duda, modificarse y superarse, pero mientras no haya otra con qué reemplazarla con ventaja, sería una

(83) ALFREDO L. PALACIOS, *Estadistas y poetas*, p. 66.

(84) SENECA, *Tratados morales*, libro I, cap. IV.

insensatez destruirla. Caben dentro de ella todas las ideas; en ella se desenvuelven todos los principios”⁽⁸⁵⁾.

Sus firmes y acendradas convicciones, a la vez que su recia fibra de luchador incansable, le permitieron no caer en el desánimo y el pesimismo ante el triste espectáculo ofrecido por los periódicos eclipses de la democracia en América Latina. “No creemos en la desintegración de la conciencia democrática —proclamaba con su característica fe en el triunfo definitivo de la libertad, el derecho y la justicia—. Creemos, en cambio, en su integración lenta, merced a un proceso que no ven los escépticos por la frecuente antítesis entre el ideal y la realidad. Estamos lejos, sin duda, de la democracia como régimen de la libertad, basado en la igualdad de clases, según la definición de Esteban Echeverría, pero llegaremos, si no nos dejamos roer el alma por el pesimismo y ponemos nuestra acción y nuestro pensamiento al servicio del pueblo. Las democracias de nuestra América no han podido surgir como Palas Atenea en el mito griego. Se han desarrollado de gérmenes que aparecieron desde antes de la emancipación y su evolución a través de un siglo ha sido dolorosa, pero fecunda. Ha habido dictaduras que originaron angustiosos oscurecimientos —existen todavía, existirán acaso en un porvenir próximo— pero siempre fueron y serán fugaces con relación a la vida de los pueblos, y fueron y serán resistidas por los hombres cultos y las masas con ideales o inquietudes que expresan en toda nuestra América una inquebrantable adhesión a la democracia”. Y afirmaba categóricamente: “gran enemigo de los pueblos es el pesimismo y el temor que enerva la voluntad. Tengamos fe en nuestra América. No creamos que basta la falta de libertad por un lapso más o menos largo para que se detenga el progreso moral de un pueblo... Tengamos fe en nuestros pueblos. No cometamos el error de lamentarnos por la aparente declinación de la democracia. El pesimismo es una terrible enfermedad contagiosa... Produce la relajación del carácter que es la conducta de la persona, y se refiere a la voluntad, es decir, a la dirección que imprimimos a nuestra existencia y que por eso implica un concepto valorativo. Si apocamos el espíritu quedaremos reducidos a la triste condición de esperar a que nos den la libertad. Pero la libertad no se da sino a los esclavos. Y nosotros no queremos ser libertos”⁽⁸⁶⁾.

Palacios confiaba en la juventud, a la que asignaba un importantísimo papel en el desarrollo del país, pero sin adularla ni servirse de ella demagógicamente, ya que ella

---

⁽⁸⁵⁾ ALFREDO L. PALACIOS, *El socialismo argentino y las reformas penales*, cit., p. 154.

⁽⁸⁶⁾ ALFREDO L. PALACIOS, *La comunidad iberoamericana: Bolívar y Alberdi*, cit., p. 115.

debía ser orientada y dirigida. Así, decía: “yo siento una profunda simpatía por la juventud, por sus inquietudes, hasta por sus exageraciones y su falta de conformidad, que a veces contribuyen a ampliar los horizontes, pero entiendo y con muy buenas razones, que en esta hora incierta y caótica, debemos dirigir a la juventud y no cometer el error, que nunca lamentaríamos suficientemente, de dejarnos dirigir por ella. Desgraciadamente, nuestros jóvenes están desorientados, no por falta de tareas o funciones, sino porque se oscurece su idealismo y pierde su virtud cardinal, que es el amor a la justicia. Deben entregarse a un ideal colectivo que enaltezca su vida, adoptando, como principio, la disciplina que no es reglamentación, pero que exige el reconocimiento de todos los valores subjetivos y el acatamiento voluntario de las jerarquías interiores; como aspiración, la libertad, que es el resultado de la obediencia a la ley moral; y como eficaz arma de lucha, la solidaridad humana, que no puede hacerse efectiva sino sobre la base de la rectitud y la integridad de la conducta”⁽⁸⁷⁾.

“Lo característico en la argentinidad —señalaba Palacios en uno de sus grandes discursos en el Senado— es el sentido individualista de independencia personal y el sentimiento solidario. Esos dos impulsos corresponden a la libertad y la justicia, bases sobre las que se fundamenta mi doctrina. El argentino estima la libertad individual a la par de la existencia. Podríamos resignarnos a todo, con tal de que no se pretendiera reformarnos o reducirnos en nuestra personalidad. Nuestro destino es la libertad, y si hay otros pueblos más desdichados que necesitan conocer que primero es vivir y después ser libres, nosotros hemos puesto nuestro orgullo siempre en preferir a la vida, la libertad”. “Pero no olvidemos —no omitía agregar— que la libertad no es un don que se recibe como beneficio gratuito, sino un deber que se cumple. Hemos de saber que la libertad que sólo da derechos es absurda y peligrosa. La libertad está preñada de deberes, y para conquistar el orden, hay que establecer el equilibrio entre la autoridad y la libertad. Colocamos el acento sobre el aspecto emotivo de la vida y requerimos estímulos idealistas para afianzar nuestro nacionalismo. Esto implicará un renacimiento humano. Consistirá esa actitud en el hecho de asumir y ejercer las cualidades predominantes que ha elaborado y fijado nuestro tipo nacional: lealtad, coraje y desprendimiento. Así lograremos forjar una personalidad autónoma, animada de un gran sentimiento solidario, capaz de mantener íntegramente el ejercicio de su libertad y de disponer de la riqueza, no para mantener la prepotencia

---

⁽⁸⁷⁾ ALFREDO L. PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, cit., p. 98.

individual y el antagonismo de clases, sino en beneficio colectivo”⁽⁸⁸⁾.

Es que Palacios vivió, luchó y murió junto al pueblo, nunca de espaldas a él, en el que siempre creyó, pero al que nunca aduló ni traicionó; y con la Constitución, a la que amó y defendió sin desmayo, sufriendo persecución y exilio. Y porque fue un ciudadano eminente, jurista eximio y estadista notable y por sobre todas las cosas un auténtico Maestro de la juventud, bien está que el pueblo, y en particular los jóvenes, busquen inspiración en la obra y la conducta ejemplar de este ilustre argentino, cuyo espíritu nos convoca para mantener enhiesta la antorcha que gallardamente y sin claudicaciones empuñó en todos los instantes de su fecunda existencia.

Por eso, repetimos hoy, con esperanzada confianza y como el mejor homenaje a Alfredo L. Palacios, las palabras que pronunciara José Manuel Estrada, en su magnífico discurso sobre la virtud democrática, en el Teatro Colón, el 9 de julio de 1866: “Yo espero en la democracia, y espero en la democracia argentina. . .”⁽⁸⁹⁾. Esa democracia argentina que está sabia y admirablemente institucionalizada en la Constitución Nacional, cuyo cuerpo y cuyo espíritu señalan el único y auténtico plan para la reconstrucción de la patria.

---

(88) ALFREDO L. PALACIOS, *El delito de opinión y la tradición argentina*, cit., p. 163.

(89) JOSE MANUEL ESTRADA, *Sus mejores discursos*, p. 54.